



Colombia cuenta

VOLUMEN II

CONCURSO ESPECIAL 10 AÑOS **"GANADOR DE GANADORES"**

CATEGORÍA 1 • NIÑOS (8 A 11 AÑOS)

CATEGORÍA 2 • JÓVENES (12 A 17 AÑOS)

CATEGORÍA 3 • ADULTOS (18 AÑOS EN ADELANTE)

CUENTOS GANADORES 2016

CATEGORÍA 3 • ESTUDIANTES DE GRADO SEXTO A NOVENO

CATEGORÍA 4 • ESTUDIANTES DE GRADOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO

CATEGORÍA 5 • ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

10º
CONCURSO
NACIONAL DE **CUENTO**
RCN & MINISTERIO
DE EDUCACIÓN NACIONAL

Organizan:



Apoyan:



HAY FESTIVAL
CARTAGENA DE INDIAS



Colombia cuenta

VOLUMEN II

CONCURSO
ESPECIAL 10 AÑOS

**"GANADOR DE
GANADORES"**

CUENTOS
GANADORES

2016

DÉCIMO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

27.828

Participantes

2.207

Estudiantes de grado
primero a tercero

3.539

Estudiantes de grados
cuarto y quinto

11.348

Estudiantes de grado
sexto a noveno

7.894

Estudiantes de grados
décimo y undécimo

2.830

Estudiantes de
educación superior

16.179

Mujeres
(escritoras)

11.649

Hombres
(escritores)

33

Departamentos

722

Municipios

3.853

Instituciones
educativas

255

Instituciones de
educación superior

162

Evaluadores

25

Ganadores

5

Jurados

3

Ganadores Concurso 10 años
"Ganador de Ganadores"

GANADORES 2016

CONCURSO ESPECIAL 10 AÑOS

"GANADOR DE GANADORES"



CATEGORÍA 1:

NIÑOS
(8 - 11 AÑOS)

JUAN FELIPE RODRÍGUEZ
MOSQUERA, CUNDINAMARCA



p. 29

CATEGORÍA 2:

JÓVENES
(12 A 17 AÑOS)

SHAKEN MAZAYA MORENO
VALLEDUPAR, CESAR



p. 33

CATEGORÍA 3:

ADULTOS
(18 EN ADELANTE)

MAURICIO ZAPATA GARCÍA
BOGOTÁ, D. C.



p. 37

CATEGORÍA 3

ESTUDIANTES DE GRADO SEXTO A NOVENO

ANGIE DAYANA RIVERA
BARBOSA, SANTANDER



p. 45

DENY ALEJANDRO NEIRA DÍAZ
BOGOTÁ, D. C.



p. 51

NATALIA CARDOZO VARGAS
BOGOTÁ, D. C.



p. 57

LAURA ZARAY CARABALLO
MONTERÍA, CORDOBA



p. 63

LAURA VALENTINA LINARES
BOGOTÁ, D. C.



p. 69

CATEGORÍA

4

ESTUDIANTES DE GRADOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO

LAURA CAMILA GIRALDO LORA
BOGOTÁ, D. C.



p. 87

MARÍA EUGENIA HERNÁNDEZ
BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



p. 93

SEBASTIÁN CARREÑO VILLERO
VALLEDUPAR, CESAR



p. 99

SILVANA MIRANDA
BOGOTÁ, D. C.



p. 78

LUISA FERNANDA ZAMBRANO
BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



p. 81

CATEGORÍA

5

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

JOINER SÁNCHEZ MORA
AGUACHICA, CESAR



p. 119

ÓSCAR JAVIER CASTRO
NEIVA, HUILA



p. 127

EMMANUEL JOSÉ ACUÑA SILVA
BUCARAMANGA, SANTANDER



p. 135

OMAR ESTEBAN CADENA
BOGOTÁ, D. C.



p. 107

JESSICA ANDREA GÁMEZ
BOGOTÁ, D. C.



p. 113

YANETH GIHA TOVAR Ministra de Educación Nacional
PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA Gestora

COMITÉ TÉCNICO

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

PABLO JARAMILLO QUINTERO Viceministro de Educación Preescolar,
Básica y Media
PAOLA TRUJILLO PULIDO Directora de Calidad de Educación Preescolar,
Básica y Media
ADRIANA VIVAS ROSERO Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones
Ministerio de Educación Nacional
CAMILA GÓMEZ AFANADOR Subdirectora de Fomento de Competencias
Viceministerio de Educación Preescolar,
Básica y Media
SILVIA PRADA FORERO Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura
NATHALY SOLANO HOYOS Coordinadora Concurso Nacional de Cuento,
Viceministerio de Educación Preescolar,
Básica y Media

RCN RADIO Y TELEVISIÓN

ANA MARÍA GUERRERO CARVAJAL Gerente Responsabilidad Social OAL
ALBA LUCÍA PAVA Gerente Mercadeo Social RCN Radio
ANA ISABEL EGURROLA Coordinadora Concurso Nacional de Cuento,
RCN Radio
LAURA INÉS PAREJA Gerente Responsabilidad Social RCN Televisión
LAURA ESCOBAR OSORIO Jefe de Proyectos Responsabilidad Social,
RCN Televisión
CRISTIAN PÉREZ Responsabilidad Social, RCN Televisión

CRÉDITOS EDITORIALES

JAIME MARCO FRONTELO Dirección Editorial
LEONARDO RIVAS AGUDELO Gerente de Arte
JUAN CAMILO LÓPEZ ROJAS Diseño y diagramación
BETUEL BONILLA Corrección de textos
MARÍA FERNANDA MANTILLA Ilustraciones de la Categoría 3
Ilustraciones Categoría 3 Ganador de Ganadores
ROGER ICAZA Ilustraciones de la Categoría 4
GISELA BOHÓRQUEZ Ilustraciones de la Categoría 5
ROCÍO PARRA PARRA Ilustraciones Categoría 1 Ganador de Ganadores
JOHN JOVEN CARTAGENA Ilustraciones Categoría 2 Ganador de Ganadores
LUIS EDUARDO HERRÁN Fotografía de los ganadores
ÁNGEL CAMACHO LINARES Retoque digital
ISBN: 978-958-780-326-6
IMPRESIÓN: Editorial Delfin S.A.S.
IMPRESO EN COLOMBIA / PRINTED IN COLOMBIA

INFORMACIÓN DEL CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN — MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN:

www.concursonacionaldecuento.com
www.canalrcn.com
www.rcnradio.com
[www.twitter.com/ConcurNalCuento](https://twitter.com/ConcurNalCuento)
[www.facebook.com/ConcurNalCuento](https://facebook.com/ConcurNalCuento)
[www.instagram.com/concurnalcuento](https://instagram.com/concurnalcuento)

CONTENIDO VOLUMEN II

Estimados lectores

Yaneth Giha Tovar11

10 años de historias

Fernando Molina Soto - Gabriel Reyes Copello 13

10 años comprometidos con el concurso

Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN)19

Escribir es un arma cargada de futuro

Jaime Marco Frontelo 23

CONCURSO ESPECIAL 10 AÑOS "GANADOR DE GANADORES"

p. 26

CATEGORÍA 1: NIÑOS (8 - 11 AÑOS)

Y no tenían un buen sabor juntos...
Historia de un postre rebelde 29

CATEGORÍA 2: JÓVENES (12 A 17 AÑOS)

Metamorfosis de un escritor 33

CATEGORÍA 3: ADULTOS (18 EN ADELANTE)

Alba no va a llegar 37

CATEGORÍA

3

p. 42

ESTUDIANTES DE GRADO SEXTO A NOVENO

Relato de una estatua 45

El asesino silencioso 51

Confesiones de un corazón roto 57

El viaje final 63

La víspera 69

CATEGORÍA

4

p. 74

ESTUDIANTES DE GRADOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO

Reflejos 78

El violinista del diablo 81

El último invierno 87

Metamorfosis 93

Una mirada y un adiós 99

CATEGORÍA

5

p. 104

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

Crónica de un tiempo pasado 107

Ángeles caídos 113

¿Por qué no crecen los tomates? 119

Lluvia negra 127

Principiantes 135

Acta del jurado 141



Estimados lectores

YANETH GIHA TOVAR

Ministra de Educación Nacional

E La educación es la herramienta más poderosa que tenemos para transformar el país y la vida de los niños y jóvenes colombianos; es el instrumento que nos permite formar seres humanos íntegros con grandes valores, es el camino que tienen las nuevas generaciones para cumplir sus sueños.

Por ello, desde el Ministerio de Educación no pensamos en cualquier tipo de educación, sino en una educación de calidad con igualdad de oportunidades para todos. Nuevas generaciones educadas aportarán a un país más productivo y en paz.

Qué mejor que apoyar la educación de calidad con un concurso que permita fortalecer las capacidades de lectura y escritura de niños y jóvenes en nuestro país. La lectura desarrolla la imaginación, permite perfeccionar el vocabulario, mejorar los niveles de cultura ¡es la puerta de entrada al conocimiento! Un hábito que debemos inculcar entre todos, padres de familia, maestros y empresarios, todos debemos trabajar en equipo por reforzar en esta generación de la paz, el interés por la lectura y la escritura.

A través del Concurso Nacional de Cuento, una propuesta que hemos construido entre el Ministerio de Educación y RCN, recibimos 300 mil historias en 10 años. Este año, tenemos 27.828 cuentos inscritos de los 32 departamentos del país; historias que nos permiten adentrarnos en mundos

maravillosos llenos de humor, amor y acción; que nos llevan de la mano de personajes fantásticos y héroes que nos muestran la realidad a través de los ojos de nuestros pequeños escritores.

Por medio de la escritura estos niños y jóvenes encontraron una forma de comunicarse y de expresarse. Escribiendo pueden ser libres, plasmar sus pensamientos y ser espontáneos. Por eso, este Concurso se ha convertido en la casa de una nueva y talentosa generación de escritores, quienes por medio de la lectura y la escritura pueden hacer su aporte a la construcción de la paz en Colombia. ■

10 años de historias

FERNANDO MOLINA SOTO

Presidente RCN Radio

GABRIEL REYES COPELLO

Presidente RCN Televisión

Hace 10 años nos atrevimos a soñar en grande. Y lo que en ese momento comenzó como un sueño, hoy se ha consolidado como uno de los concursos más reconocidos en su estilo en el país, convirtiéndose en un ejercicio particular de creación colectiva que nos ha dejado grandes aprendizajes. Hemos aprendido el enorme valor de las alianzas público privadas y, como medio de comunicación, la gran capacidad que tenemos de movilizar a los niños y jóvenes alrededor de una causa tan necesaria en nuestro país como es la educación.

Desde RCN le hemos apostado a esta causa porque creemos firmemente que es la mejor herramienta para disminuir las brechas sociales. En particular con este proyecto, quisimos enfocarnos en fortalecer la capacidad de los estudiantes colombianos de leer y escribir, conscientes de que esto es una condición fundamental para su desempeño futuro. Un niño que no lee, que no entiende lo que lee, que no puede escribir bien, nunca podrá avanzar. Y qué mejor aliado para abordar esta titánica tarea que el Ministerio de Educación Nacional, que desde el primer momento creyó en este proyecto.

Así, desde la primera versión del concurso en el año 2007, que le rindió tributo a nuestro nobel Gabriel García Márquez,

hemos invitado cada año a los jóvenes a estimular su creatividad, a imaginar nuevos mundos, a interpretar la realidad a su manera y a explorar el mundo fantástico de la ficción. La respuesta ha sido maravillosa, y ha quedado plasmada en las 300 mil historias que hemos recibido a lo largo de esta década desde todos los rincones del país.

Pero la movilización no ha sido el único componente. Hemos tenido siempre claro que el concurso era una gran disculpa para desencadenar un profundo proceso de formación, porque, además de entusiasmar a los jóvenes con la idea de escribir, nos pusimos la meta de brindarles las herramientas para hacerlo bien. En esa dirección el Ministerio ha diseñado un amplio componente de formación, que, aunque menos visible, ha sido la columna vertebral de todo este esfuerzo y que hasta el momento ha capacitado alrededor de 40 mil estudiantes y docentes.

En estos 10 años, tanto el Ministerio de Educación Nacional como nosotros hemos aprendido mucho y hemos ajustado el proyecto sobre el camino. Con el paso del tiempo fuimos confirmando algunas decisiones que al inicio habían sido producto de la intuición, como por ejemplo la apuesta por la virtualidad. Al comienzo no estábamos tan seguros de exigir que el concurso fuera 100% virtual, pensando en que el acceso a internet podría llegar a ser una limitación. Pero luego confirmamos que no: desde el primer concurso recibimos cuentos de la mayoría de municipios del país. Era tal el entusiasmo de los jóvenes que se las arreglaban como fuera para subir el cuento al portal.

Cada año hemos analizado los resultados de los diferentes componentes y hemos ajustado los procesos para que cada vez sea más pertinente y exitoso. Modificamos la plataforma



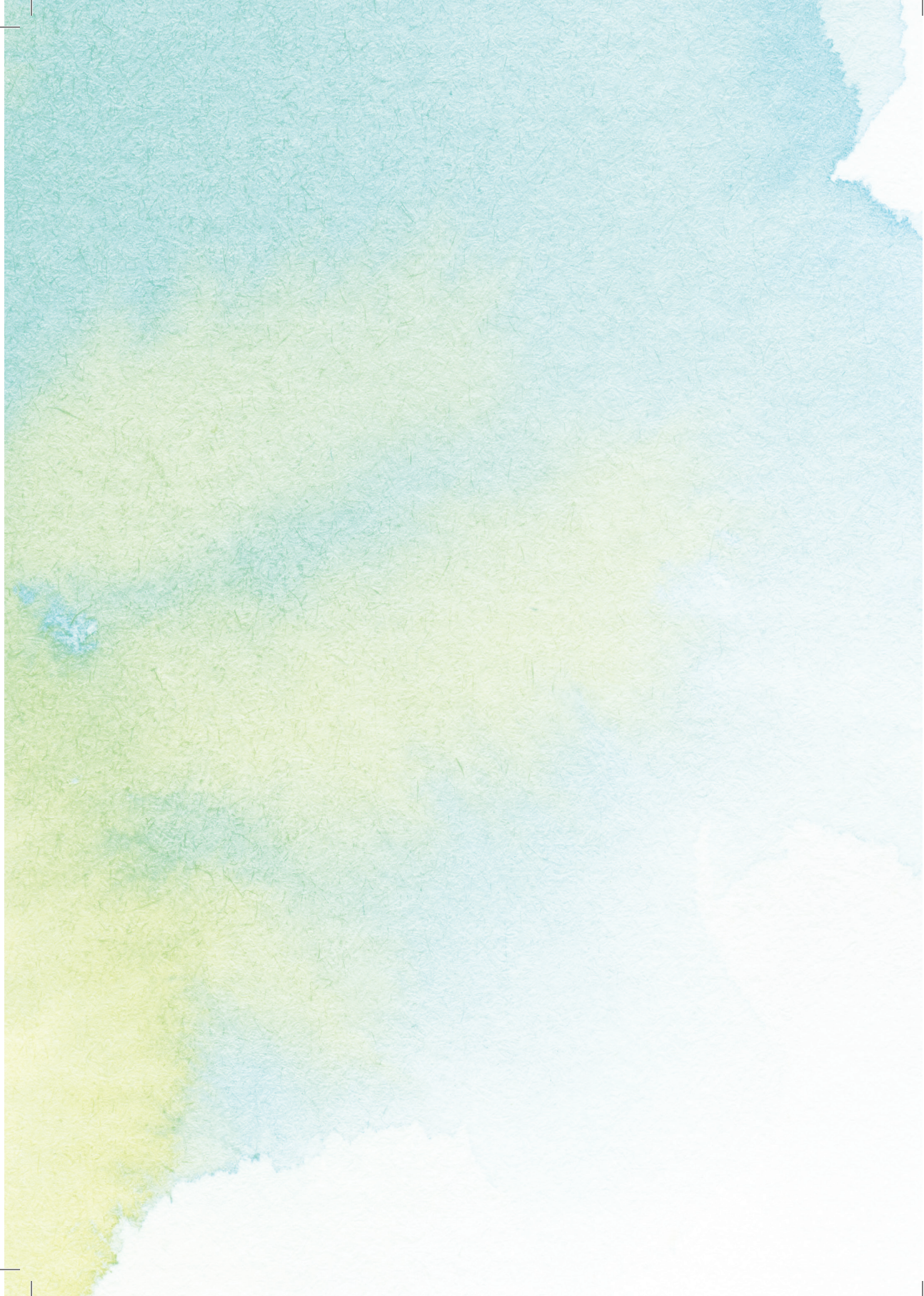
virtual para facilitar el proceso de inscripción y registro de los cuentos; mejoramos la rejilla de evaluación de los textos; aumentamos el perfil de los evaluadores; cambiamos el formato de los talleres de formación y el mecanismo para convocarlos; modificamos el evento de premiación para hacerlo más entretenido; en fin: ha sido un proceso de construcción permanente.

En cuanto a los resultados, las evaluaciones y estudios realizados nos han mostrado que, si bien hay aspectos por mejorar, el Concurso Nacional de Cuento produce una transformación en la comunidad educativa, impacta la autoestima de los niños ganadores, sus colegios y familias, y estimula el interés por el mundo de la literatura. Nos llena de orgullo saber que varios de nuestros ganadores han seguido su camino de escritores, conquistando otros premios y reconocimientos y confirmando que el Concurso Nacional de Cuento se ha convertido en una nueva casa de escritores.

Pero todo este esfuerzo no habría sido posible sin el empeño y entusiasmo de muchas personas que nos han acompañado en este recorrido. Extendemos un agradecimiento especial a los equipos de trabajo de RCN Radio y Televisión, del Ministerio de Educación Nacional, la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) que ha coordinado el proceso de evaluación desde el principio, la Fundación SM que cada año edita e imprime los cuentos ganadores en el libro *Colombia cuenta* y el Hay Festival que muy generosamente nos abrió sus puertas para realizar allí la premiación todos los años. Adicionalmente, el Hay Festival ha contribuido desde el inicio con la selección e invitación de destacados escritores internacionales para conformar el jurado.

Tenemos muchos motivos para celebrar y qué mejor manera de hacerlo que disfrutando de estos 25 cuentos ganadores

de la décima edición del concurso que hoy tienen en sus manos y los tres cuentos ganadores del concurso especial “Ganador de Ganadores” que rinde tributo a estos inolvidables 10 años de historias. ¡Disfruten su lectura! ■



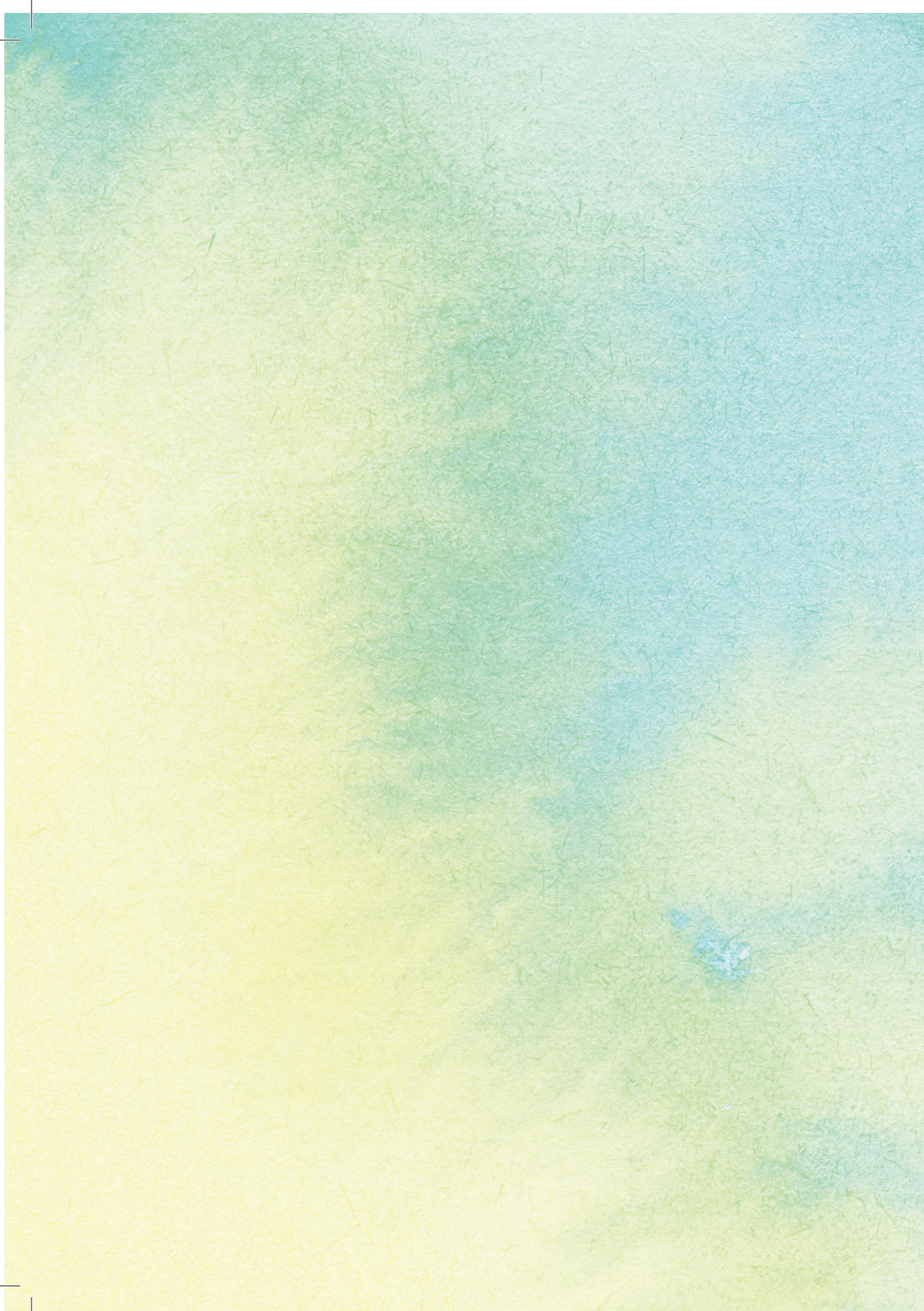
10 años comprometidos con el concurso

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES (ASCUN)

En los 10 años del Concurso Nacional de Cuento, la Asociación Colombiana de Universidades –Ascún– ha sido un aliado que aporta su capacidad para realizar distintos procesos. De un lado: la formación para docentes y estudiantes en temas de lectura y escritura, la evaluación de los cuentos y el apoyo en los aspectos administrativos y operativos necesarios para el buen desarrollo del concurso.

El balance del concurso durante este tiempo no puede ser mejor. Los más de 300 mil cuentos evaluados, cerca de 40 mil docentes y estudiantes que han participado en los talleres y laboratorios de lectura y escritura, cerca de 30 universidades que han apoyado el concurso y más de 5.600 docentes y escritores que han participado en diferentes fases de evaluación.

Pero más allá de estos resultados y de las cifras que son solo una radiografía de las actividades realizadas, el concurso ha brindado la inmensa oportunidad de conocer el país y sus regiones. De conocer lo que piensan, viven o sueñan los niños y jóvenes participantes. Lo significativo de esta estrategia tal vez no sea valorar con ojos de curador la calidad de los cuentos. Este es un aspecto muy importante, pero menos significativo. Sin duda, un logro del concurso es permanecer

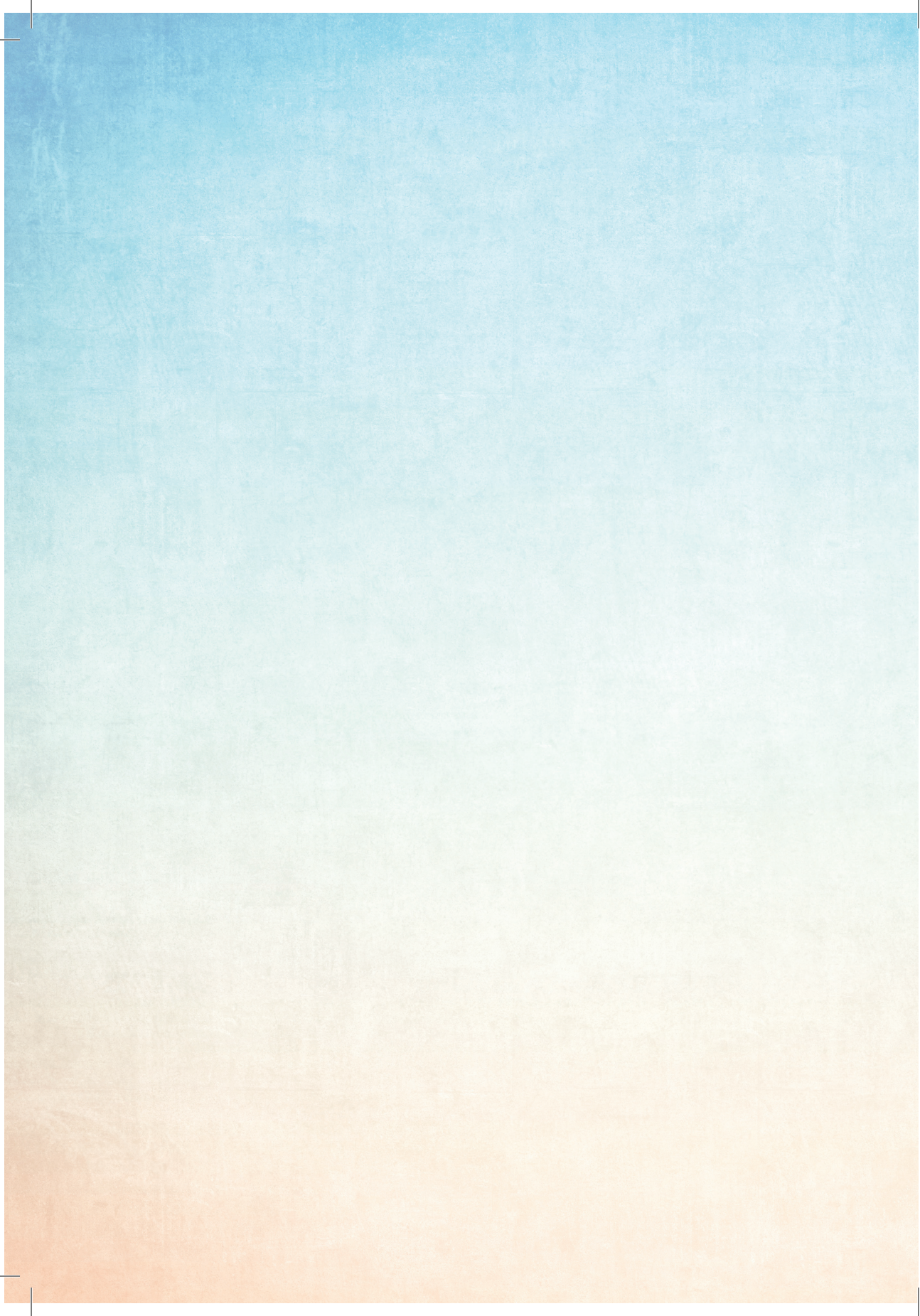


en el tiempo, desafiando las dificultades y el entusiasmo de sus pioneros.

Resulta muy alentador que, luego de 10 años, al concurso se inscriban más de 25 mil cuentos en cada versión. Que con esta alianza entre entidades públicas y privadas, se está esculpiendo una nueva sociedad de lectores y escritores. El concurso está cambiando vidas. Los jóvenes escritores han encontrado un espacio para mostrarse ante el mundo. Juan Gosain expresó que el concurso “se ha convertido en un auténtico sueño de Colombia, y también en una realidad... conocer los relatos de los niños, saber que en el país se han contado cerca de 300 mil historias, se siente que se renueva la fe”, describió en una de las galas de premiación.

Este proyecto se ha convertido en una oportunidad para ayudar a cambiar vidas. Con el trabajo en las regiones, con las actividades de formación y con el acompañamiento pedagógico a los participantes, hemos hecho de este proyecto la gran alianza en favor de la niñez y la juventud del país. La presencia de las universidades, en diferentes procesos del concurso, ha permitido demostrar que la articulación de los niveles educativos es una de las estrategias más poderosas para el crecimiento coherente, sostenido y exitoso en favor de la calidad de la educación del país.

Agradecemos al Ministerio de Educación Nacional, a RCN Televisión y RCN Radio por permitirnos apoyar esta iniciativa. Felicitamos a todos los participantes, en especial a los ganadores de la versión 2016, y agradecemos a las universidades, docentes y estudiantes por ayudarnos a cumplir con los objetivos y actividades realizadas en el concurso. ■



Escribir es un arma cargada de futuro

JAIME MARCO FRONTELO

Director Editorial Ediciones SM

En 1955, el poeta español Gabriel Celaya escribía su célebre poema-manifiesto *La poesía es un arma cargada de futuro*. En ella, Celaya proclamaba de manera entusiasta su visión de la poesía como herramienta, cuya razón de ser era la utilidad y no la belleza. Herramienta imprescindible para conocernos; arma para vivir de acuerdo a lo que somos; estrategia para ser, en un sentido pleno, personas. Celaya la concebía, definitivamente, al servicio de los ciudadanos.

Terminado el 2016, en el que se cumplen diez años del Concurso Nacional de Cuento, los versos poderosos del poeta nos vuelven a la mente y nos recuerdan que los motivos que inspiraron y animaron la iniciativa están más vigentes que nunca. Cuando el Ministerio de Educación, RCN Radio y RCN Televisión decidieron impulsar y promover esta convocatoria, fueron más allá de una simple premiación y cargaron una de las armas de futuro más poderosas que existen: la escritura.

Diez años más tarde, *Colombia cuenta* ha logrado que 300 mil niños y jóvenes del país se atrevan a dar forma a sus anhelos y a espantar sus miedos; a expresar sus ilusiones, sus metas y sus dudas; en definitiva, a soñarse a sí mismos y a los demás; a inventar la arquitectura de lo que será su vida y la

sociedad en la que les tocará vivir. Relatos provenientes de todos los rincones del país, de escritores noveles que han vivido todo tipo de realidades y tienen los referentes más dispares a la hora de empezar a escribir, consiguen plasmar no solo lo que ha sido la vida del país en la última década, sino algo aún más rico y valioso: lo que habrá de ser la sociedad colombiana en los próximos años.

Escribir es un arma cargada de futuro y narrar es una manera de conjurarlo para transformarlo. Las sociedades que escriben son capaces de pensar en sí mismas, preguntándose acerca de su pasado y haciéndose responsables de la dirección y el sentido que toma su futuro. Contar es un arma cargada de esperanza, pues permite entender que no está escrito aquello que está por venir, sino que puede y debe ser reescrito y recreado por cada uno de nosotros.

La lección más hermosa que nos enseñan estos diez años de *Colombia cuenta* es que el futuro nos está esperando. Todo el trabajo y el esfuerzo de quienes han participado en esta iniciativa hasta la fecha se ve recompensado de la manera más hermosa posible sabiendo que lo mejor está por llegar, que los escritores de hoy son los ciudadanos que en las próximas décadas reescribirán el futuro de nuestro país, convirtiéndolo, por qué no, en el lugar soñado por todos.

Desde la Fundación SM nos sumamos a esta celebración y a la alegría de saber, como agentes educativos, que el caudal de sueños y esperanzas en el país está más vivo que nunca y corre decidido al encuentro de las próximas décadas. Participar como cada año de la edición de los dos volúmenes de cuentos premiados, así como el delicioso trabajo de ilustrar y comunicar a través de la imagen la fuerza y el significado de lo escrito, es sin duda una recompensa y un estímulo más

que suficiente para continuar con esta empresa común que es contar y en este reto compartido que es imaginar y construir un mundo en el que todos tengamos cabida y podamos expresarnos. En el que todos podamos escribir y contar.

Cantaba Celaya:

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

Dejemos que el canto espacie cuanto llevamos dentro.
Aplaudamos que iniciativas como *Colombia cuenta* planteen algo tan fascinante a nuestros futuros ciudadanos como es ponerlos ante una página en blanco. A alguno pudieran parecerle gritos en el cielo, pero ya nos lo dijo el poeta: en la tierra son actos. ■

10 años de historias

Con motivo de los 10 años del Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación, convocamos a los ganadores de las ediciones anteriores a participar de nuevo para seleccionar a los 3 ganadores de ganadores (uno por categoría). De los 270 ganadores, hasta ese momento, se presentaron 116 concursantes asumiendo el reto y esperando destacar entre los mejores. Estos son los tres cuentos ganadores, la mejor muestra de una nueva generación de escritores que crecen al lado del CNC.

Escribir es divertido. En especial cuando uno es chico y va a la escuela, acaba de cumplir seis años y le quedan aún doce para vivir la experiencia de ser joven. Durante ese tiempo, la percepción que tenemos del mundo sigue ajena, por fortuna, a los graves asuntos de la vida adulta.

Parte de esa diversión que se instala en la escritura es lo que contienen estos 3 cuentos seleccionados después de un proceso de evaluación por parte de unos jurados que buscan, entre cientos de páginas, aquellas que contengan buenas historias. No es más. Lo otro es el placer de inventar, como lo consiguió Shaken Mazaya con la historia de Ana, la escritora obsesionada por alcanzar el misterio, doloroso y arriesgado, de dar forma a sus relatos “en letras de Arial”. Como lo hizo Juan Felipe Rodríguez, a partir del relato de un yogurt marginado en la alacena; la mezcla con otros ingredientes, lo sabe él, podrá ser la combinación perfecta para lograr un postre que debería abundar en nuestras casas. Como lo alcanzó Mauricio Zapata, a través de la historia de una angustiante espera con nombre de mujer, en medio de una ciudad peligrosa, a merced de fuerzas oscuras y atrapada en el rumor de voces que intentan suavizar la crudeza de los hechos.

RIGOBERTO GIL

Escritor - Jurado del Concurso Ganador de Ganadores

CONCURSO
ESPECIAL 10 AÑOS

"GANADOR DE GANADORES"

CATEGORÍA 1:

NIÑOS (8 - 11 AÑOS)

p. 29

CATEGORÍA 2:

JÓVENES (12 A 17 AÑOS)

p. 33

CATEGORÍA 3:

ADULTOS
(18 EN ADELANTE)

p. 37

Y no tenían un
buen sabor juntos...
Historia de un postre
rebelde

JUAN FELIPE RODRÍGUEZ
MOSQUERA, CUNDINAMARCA



Metamorfosis
de un escritor

SHAKEN MAZAYA MORENO
VALLEDUPAR, CESAR



Alba no va
a llegar

MAURICIO ZAPATA GARCÍA
BOGOTÁ, D. C.





Y no tenían un buen sabor juntos...

Historia de un postre rebelde

JUAN FELIPE RODRÍGUEZ CASTELLANOS

Grado séptimo

Institución Educativa La Merced

Mosquera, Cundinamarca

Ay, sí, tan prepotentes, engreídos y egoístas como siempre. Ahí estaban todos, con la harina más suave, el azúcar y la leche en la medida justa, las frutas más dulces y jugosas, aderezado con cremas “floripondias” y elegantes, y la gelatina lista para sellar todo en un solo baile de perfecta armonía.

Mientras tanto, en un rincón de la alacena, estábamos nosotros, el flamante grupito de los “sinsabor”, aburridos, abandonados y desagradables ingredientes anti postres: la sal, el huevo, los frijoles y yo, el yogurt.

A lo mejor estarás preguntándote por qué yo, siendo un dulce yogurt, no estaba en la bonita mesa de los postres... Pues lo que pasa es que todos los postres estaban hechos en el molde de la amistad. Los ingredientes de cada platillo eran grandes amigos y se conocían desde el preescolar. Yo también tengo grandes amigos, pero no tenemos un buen sabor juntos. El licuado de

yogurt y trozos de frijoles fue repulsivamente desastroso; ni hablar del flan de la ensalada de huevo, un exótico error.

Así que no podíamos soñar con estar juntos en la mesa de los postres. Algunos de nosotros tenemos alguna remota posibilidad de alcanzar algún triunfo si nos separamos, pero no es justo terminar una gran amistad para darle gusto y sabor a otros platos.

Entonces, justo en el momento antes de darnos por vencidos, la sal, siempre tan optimista, tuvo la idea de ir a visitar la repisa de los moldes y buscar alguno que pudiera aconsejarnos para idear un postre que deleite a todos con un sabor sin comparación.

Después de un largo viaje a través de la cocina y el comedor llegamos ansiosos, preguntando si nos podían ayudar. Buscamos el molde de la amistad, pero nos tropezamos con los moldes del amor y la felicidad. Demasiado dulces para lograr un nuevo sabor que causara curiosidad y gusto al paladar.

Fue una fracasada búsqueda. Nos cansamos de insistir, de buscar por allí, por allá, y al finalizar la tarde emprendimos nuestro camino de regreso a la alacena. Solamente regresaríamos con una cuchara de frustración que encontramos en un recoveco y un tazón de resignación.

Allí, en un olvidado rincón, brillaba un pequeño pocillo llamado perdón. Nos acercamos, pero no pudimos decirle nada... Él lo dijo todo: "Ustedes necesitan perdonar y compartir sus diferencias; cuando logren esto, el sabor de cada uno los sorprenderá".

Cómo no se nos había ocurrido antes. Gritamos con emoción y, sin esperar más, poco a poco nos perdonamos y compartimos nuestra original esencia, también con los otros postres, que habían sido egoístas con nosotros.

Disfrutamos de una gran fiesta en la que también nos dieron un bonito nombre. Desde ese día nos llaman el postre de la Paz. ¿Quieres probarlo? Sírvese sin refrigerar y en familia. ■



JUAN FELIPE RODRÍGUEZ CASTELLANOS

MOSQUERA, CUNDINAMARCA



Y los ingredientes son:

Mi tío Lucho, entrañable amigo; mi pícara hermanita Lucía, dulce regalo del cielo; mi espléndida familia, soporte de triunfos y valiosos fracasos; ganadores del 6° CNC-2012, a quienes represento y agradezco su perdurable simpatía y amistad... todo sazonado con raíces boyacenses y bogotanas, cultivadas en mi bella Mosquera, siempre “radiante como una rosa”.

—Sírvese sin refrigerar, en familia y acompañado de inolvidables maestros, compañeros, vecinos y amigos a la luz de buenas historias—.



Metamorfosis de un escritor

SHAKEN MAZAYA MORENO FAJARDO

Primer semestre de Derecho

Universidad de los Andes - Bogotá, Colombia

Valledupar, Cesar

— ¡Ya! Chao. Te tengo que colgar. ¡Tengo un nuevo inicio!

—Pero, Ana, no creo que debas...

Colgó el teléfono. Lo dejó rápidamente acomodado. Miró la hora en el reloj y subió corriendo a su habitación. Allí estaba ella, con otra idea en la cabeza. Sus ojos miraban fijamente la pantalla de la computadora. Una hoja en blanco, con una línea titilante, estaba a la espera de una de sus inconclusas obras, mientras ella, con la cabeza vuelta líos, dudaba de la conveniencia de empezar a teclear.

Estaba enfrente de aquel brillante recuadro, decidida a hacerlo, a dejarlo todo. Digitaba sus imaginarias historias como si no hubiera mañana, con una velocidad que casi igualaba a la de la luz. Se sentía viva, real. Su única forma de expresarse estaba en aquel lugar, en letras Arial, tamaño 9 —sus favoritas—, con las que escribía más en menos espacio.

Con cada figura y cada párrafo la temperatura aumentaba, no solo la de su relato, también la de su cuerpo. Le empezaba

a doler la cabeza. Su mente no procesaba la misma cantidad de información. Sus ojos se cerraban al ritmo del tictac. Nuevamente aparecían los síntomas de aparente cansancio. Sus manos dolían, como si miles de agujas le atravesaran los huesos. Era hora de detenerse, descansar y pensar.

Nuevo día. Las manecillas marcaban la hora de la realidad. Rayos de luz entraban en sus ojos, los firmes candados que encerraban su ser. No recordaba mucho, solo que había fallado en su enésimo intento de escribir. Su frustración la encolerizaba y la llevó nuevamente a ponerse cita en su cuarto a las diez de la noche. Llegó la hora y era ella, con su cajita de letras y su cofre sellado de emociones, ella mirando nuevamente la computadora.

Empezó, como siempre, a dejar salir lo que sentía, que su emoción prorrumiera por los pequeños orificios que los golpes de la vida le habían dejado, decepcionada de tener que crear un nuevo inicio y un nuevo destino. Sus dedos bailaban al compás de sus pensamientos, dedos que eran para ella lo que un pincel para Botero y lo que el póquer para Amarillo Slim. Su velocidad aumentaba, al igual que la noche anterior. La felicidad de verse cerca de desatar el nudo era infinita.

De repente, después de muchas vueltas del minuterio, su temperatura empezó a aumentar, su cabeza a doler, su mente a enlentecer y sus ojos a cerrarse. Nuevamente saboreó esa malteada de decepción con diez gramos de frustración que tanto había probado en su vida. Pero no. Hoy no. Esta noche sería diferente. Su ser luchaba contra su cuerpo, contra su naturaleza. Faltaba poco, estaba cerca. Tic tac, tic tac. Continuó, como si de dolor no se tratase. Su cabello empezaba a caer. Hace rato no llegaba a ese punto. Sus uñas se partían en milimétricos fragmentos. Pero Ana seguía; estaba decidida. Su

piel se inundó y sus piernas se aletargaron. Su cuerpo estaba ido. Sus manos aún contaban con la voluntad de seguir y sus infalibles oídos aún la mantenían al tanto del bendito reloj.

Llegó al último párrafo. Las letras se alineaban, como si de militares se tratase. No se devolvía, no había cabida para errores, por lo menos no había espacio para borrarlos. Estaba en su última frase. La última palabra. Terminó. Sus ojos, convertidos en rojas mariposas, miraban con orgullo aquello que había sido creado. Su boca, ya insensible, pero emocionada, esbozó una sonrisa, de esas débiles que hacemos cuando llueve. Allí estaba, listo. Tic tac, tic tac. Cerró los ojos mientras su existencia expiraba, al ritmo del reloj, justo cuando escribió el punto final.

Su cuerpo tendido fue hallado en un cuarto, blanco como su piel, cubierto por un silencio inquebrantable en el que solo fue encontrada su computadora, en cuya pantalla se leía al principio de una página: “Metamorfosis de un escritor: intento 135”. ■

SHAKEN MAZAYA MORENO FAJARDO

VALLEDUPAR, CESAR



Dios muchas veces nos da más de lo que merecemos, tan solo observando a mis padres me doy cuenta de eso. Siempre están para mí y son lo mejor que puedo tener, les agradezco por sus incansables esfuerzos. A mi familia por recibirme siempre con una sonrisa y palabras de aliento, a mi Gimnasio del Norte en Valledupar donde están los queridísimos Pedro y Bere, y al universo infinito por arreglárselas cada día para lograr sacarme una sonrisa, una lágrima o una carcajada, pequeñeces donde se encuentra el sentido de la vida. Agradezco a RCN y MEN por organizar este concurso y a cada una de las personas de sus equipos que siempre están atentas y dispuestas a ayudar.



Alba no va a llegar

MAURICIO ZAPATA GARCÍA

Noveno Semestre de Bibliotecología

Universidad de la Salle

Bogotá, D. C.

La noticia la pasaron hace un rato, como a eso de las seis de la tarde. Tuvimos que oírla por radio, pues ahora, en toda la ciudad, por medidas de ahorro, cortan la energía desde las horas de la tarde y no regresa sino hasta la madrugada. Aparte del radio de pilas, también nos entretenemos atendiendo a los vecinos que vienen a la tienda a pasar las horas oscuras tomando tinto o cerveza. Fue uno de ellos quien intentó tranquilizar a mi mamá luego de que el locutor anunciara la detonación de un carro cargado de explosivos en Chapinero, cerca al trabajo de Alba.

El único que no pareció sorprendido con la noticia fui yo, que sabía desde esta mañana que Alba no iba a llegar por la noche. Lo supe desde el momento en que, al salir a trabajar, cerró sin ruido la puerta de la calle para no despertar a mi mamá, ni a Juliana, que aún dormían. Su cuarto lo dejó intacto. Toda su ropa está en el armario y las cobijas, hechas un caos, de

veras dan la impresión de que va a volver como todas las noches a tenderlas. En ningún momento me dijo que tenía pensado irse definitivamente; tampoco se lo pregunté. Solíamos tener esa complicidad fraternal. Supongo que también se fue en algún momento y ninguno de los dos se dio cuenta adónde.

De cualquier modo, mi mamá y los vecinos se mostraron afectados con la noticia. Ella sigue con la oreja pegada al parlante del radio, moviendo la perilla de las frecuencias, aunque en ninguna emisora se hable de la explosión, del lugar exacto o de las eventuales víctimas. La falta de energía hace de esta ciudad un gigante de reflejos lentos. Los locutores de una nueva emisora se ríen de una broma que solo ellos entienden y mi mamá vuelve a girar la perilla con rabia hasta dar con la transmisión de un episodio de *Kalimán*, a lo que un borracho, sentado en una esquina de la tienda, grita: «¡Déjelo ahí!».

Tal vez ese hombre, junto con Juliana, sean los únicos que ignoran por completo la situación. Los demás vecinos se muestran prestos a ayudar, a quitarle a mi mamá de la espalda, aunque sea un poco, el peso de la incertidumbre que le genera esa noticia a medias. Le dicen que no se preocupe, que seguramente la explosión no debió haber sido en el edificio donde Alba estaba, sino en uno de alguna cuadra vecina, y que su demora solo se debe a los lerdos protocolos de evacuación de policías y socorristas.

—Y a eso súmele una ciudad a oscuras —comenta uno al que identifico como el señor Peralta, el de la casa esquinera.

Juliana, entretanto, me mira sentada desde la mesa de la trastienda y veo que mueve los labios. Adivino inmediatamente que me pregunta qué está pasando y le contesto que nada. Sabe que le miento. Baja la vista hacia el cuaderno para seguir haciendo la tarea y la lumbre de la vela que está en la

mesa le ilumina el rostro: es idéntica a Alba. ¿Cómo se le dice a una niña que su mamá no va a llegar esta noche a acostarla? No se me ocurre ninguna manera.

El borracho de la esquina se ofusca al ver que mi mamá mueve de nuevo la perilla del radio. Esta vez, luego de sintonizar fugazmente varias emisoras idiotas, los dedos de mi mamá se quedan fijos, mientras ella, con la otra mano, les hace señas a los vecinos para que se callen. Una voz grave sale de los parlantes como agua de un grifo abierto. Habla sin que ninguna palabra se le atravesara en la garganta: los bomberos pudieron controlar las llamas, aún no tienen idea de quién cometió el atentado. Todas las ventanas de la cuadra volaron en mil pedazos. Sigue hablando y el agua del grifo ya nos da en los tobillos. Los muertos han sido trasladados a Medicina Legal y los heridos están siendo atendidos allí mismo, a la espera de las ambulancias que, por atravesar la ciudad en tinieblas, no han podido llegar.

Unas lágrimas incipientes se asoman trémulas en los ojos de mi mamá. Cuando el locutor menciona, por fin, el nombre del edificio, las lágrimas empiezan a bajar acaudaladas, en una borrasca de sollozos y de sal. Ahora mismo la culpa está haciendo de las suyas conmigo. Debí decirle a mi mamá, desde esta mañana, que Alba no iba a llegar. Es un dolor que pude haber anticipado, un ciclón que pude hacer más tenue. Juliana, desde la mesa, vuelve a preguntar qué pasa, por qué todos nombran a su mamá, por qué su abuela llora. Nadie le contesta. El señor Peralta se pone de pie y se mete una mano al bolsillo. Cuando la saca, suena el tintineo de unas llaves.

—Ahí tengo el carro, doña Carmenza —le dice a mi mamá—. Vámonos de una vez para allá, algo tendrán que decir sobre su hija.

Ella se levanta de la silla con esfuerzo, se quita el delantal y, atravesando con el brillo de sus ojos tristes la densidad de las sombras, me mira y me dice:

—Cuida a la niña mientras vuelvo.

No le alcanzo a responder porque alguien entra en la tienda de súbito. Mi mamá deja escapar un grito que no sé si es de júbilo o de susto y, de inmediato, abraza a la mujer recién llegada. La mira a la cara con la poca luz que llega de las velas y hace todo lo posible porque el llanto no se le desate de nuevo. Juliana también sale de la trastienda a recibir a la mujer, la llama mamá y la abraza por la cintura. Ella le pasa una mano por la mejilla, saludándola como si saludara a su hija. Mi mamá, entonces, la interroga mientras le revisa el cuerpo: le pregunta si está bien. Ella le responde que sí. Mi mamá le toca los brazos y el rostro para asegurarse de que es verdad. Ella le dice que se tranquilice, que salió de trabajar minutos antes de la explosión y que escuchó el estruendo cuando ya había caminado unas cuadras. Después le explica que solo llegó tarde porque el tráfico se retrasó a raíz del acordonamiento de unas vías.

Los vecinos, que hasta ahora habían permanecido en silencio, saludan a la mujer y se atreven a llamarla por el nombre de Alba. Incluso el borracho de la esquina la saluda, alzando en el aire su décima botella de cerveza. Miro todo desde atrás del mostrador. Quisiera decir algo, cualquier cosa, pero no puedo. Veo la sonrisa de mi mamá, a Juliana aún aferrada a la cintura de esa mujer, al señor Peralta que, para celebrar la buena nueva, ha pedido una ronda de cervezas. No puedo. No puedo mirarlos a los ojos y abrir la boca para decirles que Alba no va a llegar esta noche ni ninguna otra. ■



MAURICIO ZAPATA GARCÍA

BOGOTÁ, D. C.



A Caroline, por creer.

“Nunca fui el autor de nada porque siempre he
pescado cosas que andaban en el aire”.

Nicanor Parra

CATEGORÍA

3

ESTUDIANTES DE GRADO SEXTO A NOVENO

ANGIE DAYANA RIVERA BENAVIDES

BARBOSA, SANTANDER



p. 45

**Relato de
una estatua**

DENY ALEJANDRO NEIRA DÍAZ

BOGOTÁ, D. C.



p. 51

**El asesino
silencioso**

NATALIA CARDOZO VARGAS
BOGOTÁ, D. C.



p. 57

Confesiones de un corazón roto

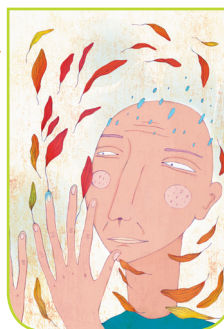
LAURA ZARAY CARABALLO JARAMILLO
MONTERÍA, CÓRDOBA



p. 63

El viaje final

LAURA VALENTINA LINARES RIAÑO
BOGOTÁ, D. C.



p. 69

La víspera



Relato de una estatua

ANGIE DAYANA RIVERA BENAVIDES

BARBOSA, SANTANDER



Le doy gracias a Dios por haberme permitido vivir esta experiencia tan bonita como lo fue ser uno de los ganadores de este concurso, a mi mamá Alba Benavides y a mi papá Josías Rivera por siempre estar conmigo apoyando en cada proyecto y cada aspiración que tengo, por creer en mí y mis capacidades. Me gusta la lectura, la música y escribir en mis tiempos libres ya que es una forma muy bonita de expresión en la cual puedes desahogarte creando historias y desarrollando la creatividad que todos tenemos.

Grado Noveno
Instituto Integrado de Comercio
Barbosa, Santander

Relato de una estatua

ANGIE DAYANA RIVERA BENAVIDES

Hola, mi nombre es Gabriela Smith, tengo 22 años y tenía una vida normal, como la de cualquier persona, hasta aquel día en que todo cambió, no solo para mí, sino para todos los habitantes de Indianápolis, la capital de Lilinoes, EE.UU. Era 31 de octubre de 2012. Todos se preparaban para las fiestas de Halloween. Niños y adultos disfrazados, disfrutando de las festividades, cuando de repente todo cambió. Evan Lucc, un joven científico, había fabricado un aparato que funcionaba por medio de resonancias magnéticas y servía para mejorar la movilidad de las personas mayores o con dificultades para moverse. Eso es lo que creía.

Evan utilizó su invento en la fiesta de Halloween de la ciudad. Todo salía de maravilla, hasta que, por un inesperado corto circuito, la máquina de movimiento emitió una resonancia que ocasionó una extraña parálisis definitiva a los habitantes de Indianápolis, dejándolos convertidos en extrañas estatuas. Iba camino a la fiesta con mis amigos cuando se escuchó un sonido horrible. Una sensación de ansiedad me llegó y, al intentar moverme, no lo logré. No fui solo yo. Nada a mi alrededor tenía movimiento, todo estaba sumergido en un profundo silencio.

1º de enero de 2014

Pasaron casi dos años desde aquel accidente. Todos estábamos a la intemperie: al rayo de sol, agua de lluvia, nieve y demás condiciones. Fueron muy tristes para mí esos dos

años. Supongo que para los demás fue igual. Lo peor que le puede pasar a una persona es estar encerrado en su propio cuerpo, sin poder hacer o decir nada, ser una estatua viviente.

22 de febrero de 2014

Nada cambió; todo siguió inmóvil y en silencio, un silencio que tiempo después fue perturbado por el ruido de unas motocicletas. Eran aproximadamente doce de ellas, en las cuales había unos jóvenes recorriendo el país. Al vernos, las motos pararon frente a nosotros y los conductores nos miraron con curiosidad. Se quedaron en nuestra ciudad una semana y luego siguieron su camino. Un mes después, volvieron los mismos jóvenes, con muchas camionetas y personas del estado. Nos subieron a las diferentes camionetas y nos llevaron hacia la ciudad de Helena, capital de Montana.

5 de marzo de 2014

El Gobierno de Estados Unidos encontró una ciudad fantasma con el nombre de Indianápolis. Solo fueron encontradas en el lugar muchas estatuas, vestidas con extrañas vestimentas. Esta ciudad fue considerada un lugar en donde se practicaban actos satánicos. Las estatuas fueron llevadas a la ciudad de Helena, en Montana, donde serían comercializadas a diferentes partes del mundo. Después de cinco días de viaje, por fin llegamos a nuestro destino. No estaba muy segura de qué iban a hacer con nosotras. Después de un par de horas me enteré de que nos venderían a diferentes partes del mundo. Me sentía triste, pero no podía hacer nada, ni siquiera llorar. Era imposible detener esa idea, así que tuve que resignarme y esperar a que alguien me comprara para llevarme a su hogar.

Después de un par de días, una familia me llevó a Valledupar, Colombia, un lugar que jamás había visto, tierras cálidas, llenas de personas amables y un ambiente musical magnífico, el cual sería mi nuevo hogar. Mi nueva familia, por decirlo así, fue muy amigable y humilde, una familia muy musical. Antonio era quien sostenía la familia, con una tienda de instrumentos musicales muy reconocida. Su esposa, Teresa, lo ayudaba a promocionar su negocio; además, era amante de la guitarra. Andrés, su hijo, tocaba el acordeón, instrumento típico de la región.

Viví con ellos hasta que envejecieron y Andrés me llevó a su casa. Tantas tristezas, alegrías, y todo sin poder expresarme. Al pasar el tiempo, veía a personas pasar y envejecer frente a mis ojos. Después de vivir muchos años en la casa de Andrés, la Gobernación me donó a un parque. De nuevo a la intemperie, la soledad total, porque, aunque veía a personas ir y venir, crecer y envejecer, conocer turistas y nuevas gentes, aparecer en fotos y ser contemplada, aunque no envejeciera ni muriera, no era feliz.

Y quién podría serlo con esta vida tan miserable, atrapada en tu propio cuerpo. Muchas veces miro las estrellas, esperando pedir un deseo para que toda esta pesadilla termine. ■





El asesino silencioso

DENY ALEJANDRO NEIRA DÍAZ

BOGOTÁ, D. C.



Gracias a mi mamá por haber sido valiente y cuidarnos ahora desde el cielo, a mi papá por la constante lucha y el apoyo incondicional, a mi hermana por acompañarme y a la profesora Karen Ariza por animarme a enviar mi cuento al concurso.

Grado Noveno
Colegio Agustiniano Tagaste
Sede Principal
Bogotá, D. C.

El asesino silencioso

DENY ALEJANDRO NEIRA DÍAZ

La primera vez que lo vi, jamás pensé que tendría que llegar a matarlo. La vida es un don sagrado y nadie tiene derecho a quitarle la existencia a otro ser, ni siquiera a uno tan despreciable como ese. Era ciertamente desagradable, pero pensé que con mantenerme alejada de él sería suficiente. Un día, volteé a mirar desprevenidamente y lo sorprendí observándome a través del cristal de la ventana. Tenía ojos saltones y brillantes. Pude adivinar el deseo morboso y voraz que le alborotaba el instinto cuando sentía cerca la presencia de mi cuerpo.

Tan pronto se percató de que lo había descubierto, bajó disimuladamente la mirada y se marchó de manera rauda y silenciosa, con rumbo desconocido. Era de noche, y aunque me asomé rápidamente por la ventana, no alcancé a identificar el rumbo por el cual escapó. Después me enteré que aprovechaba la oscuridad para acechar a sus víctimas tras la sombra de los frondosos nogales, los mismos que en perfectas filas bordeaban la única carretera que comunicaba el pueblo con las extensas plantaciones de palma africana. Era evidente que su guarida estaba en esos lugares distantes y cenagosos, donde tan solo se escuchaba el sonido de los búhos y el canto destemplado de los sapos, agazapados en el borde de los charcos. Desde esos lugares iniciaba su recorrido hasta la población en busca de sus víctimas, que casi siempre resultaban ser los desprevenidos forasteros.

Desde esa ocasión, fui mucho más cautelosa. Cada noche, antes de dormir, echaba un vistazo a la calle para estar segura

de que nadie estuviera acechándome. Algo, en el fondo de mi ser, me avisaba que estaba en peligro. Lo que podía hacer era cerrar muy bien puertas y ventanas. Todas las veces permanecía con las luces de mi cuarto encendidas. Sabía que en la oscuridad era mucho más vulnerable a un ataque sorpresivo. Las conversaciones en el caserío daban cuenta de su presencia en los alrededores de la pensión donde yo vivía, pero al parecer nadie se preocupaba lo suficiente por tomar medidas en el asunto.

Era increíble. Una anciana llegó a comentar en la inspección de policía, y también en el hospital del pueblo, que había sido víctima de un ataque y que, aunque no fue fatal, le produjo una terrible infección que debió ser tratada con antibióticos. Me dejó aterrada. Me resultaba muy difícil, en las noches, conciliar el sueño. Al tercer día de no poder pegar los ojos de manera continua, llegué tan cansada que caí exhausta, bocabajo, sobre la cama, ignorando la cotidiana prevención que hasta ese día había tenido. Quedé sumergida en el más profundo de los sueños. La luz permaneció apagada y la oscuridad de la noche se convirtió en la más perversa de las cómplices.

Era precisamente la oportunidad que aquel infame depredador había estado esperando pacientemente para poder atacarme, justo ahí, en la intimidad de mi habitación. Se acercó sigilosamente, como siempre, y se detuvo al frente de la ventana. De manera astuta y silenciosa se deslizó sobre el marco de madera, quedando como suspendido en el aire mientras me miraba fríamente. Un rayo de luna atravesaba el espacio, iluminando la parte desnuda de mi espalda, la cual no alcancé a cubrir con la sábana blanca, bordada con flores de colores, y que hasta ese momento era mi única protección.

Me miró largamente y se desplazó por el borde de la cama, sin hacer el más mínimo ruido. Su movimiento perfecto y calculado se asemejaba al corretear garboso de un torero cuando rodea con ímpetu desafiante al toro sobre la arena, con la diferencia de que el animal bravo y feroz está consciente del desafío de su enemigo, mientras que yo estaba totalmente a merced de mi atacante, sin mayores opciones de defensa. Procedió a dar prácticamente toda la vuelta a la habitación, esperando el momento preciso para lanzarse sobre mí. Aunque su movimiento era leve y sutil, pude sentir aquel murmullo retumbando en mis oídos, como el palpitir de un trueno atravesando la húmeda atmósfera de mi habitación, alertándome del inminente peligro.

Desperté. Giré violentamente 180 grados, hasta quedar con el rostro mirando hacia el techo de guaduas amarillas que se encajaban en los extremos de las paredes blancas, soportando el peso del tejado pintado con cal. Fue allí donde mis ojos alcanzaron a percibir su figura escuálida y delgada, tratando de ocultarse tras la malla que hacía las veces de cortina. No lo pensé un solo segundo y me abalancé como un rayo de la cama, quedando de pie junto al interruptor de la electricidad. Lo accioné con la mano izquierda, sin perder de vista un solo segundo el punto aquel donde sabía que se había ocultado mi perseguidor.

El cuarto se iluminó totalmente. Sabía que mi enemigo estaba ahí y no tenía otra alternativa que enfrentarlo. Era él o yo. No estaba dispuesta a permitirle que se siguiera robando el sueño de mis noches de semejante manera. Observé rápidamente a mi alrededor, tratando de encontrar algún objeto que me permitiera iniciar el ataque. Lo único que tuve al alcance fue una inmensa y pesada porcelana, la cual tomé firmemente

con mi mano derecha y, sin demora alguna, recordando las instrucciones de lanzamiento de las pelotas de béisbol que alguna vez aprendí en las clases de educación física, la arrojé con todas mis fuerzas contra la cortina que estaba plegada a la pared.

El estruendo fue impresionante y debió dejar despierto por completo a todo el vecindario. Los pedazos de arcilla volaron por los aires. Después, el silencio fue absoluto. Me acerqué lentamente y retiré con suavidad la cortina, dejando al descubierto, sobre la pared, una mancha de sangre. Contra la tela salpicada yacía un cadáver, aferrado a los poros del lienzo amarillento. Fue tanta la velocidad y precisión del impacto que logré acabar fulminantemente con la existencia de aquel miserable zancudo y pude volver a dormir en paz toda la noche. ■





Confesiones de un corazón roto

NATALIA CARDOZO VARGAS

BOGOTÁ, D. C.



Doy gracias al *Concurso Nacional de Cuento*, a RCN y al MEN por hacer que esta experiencia que tanto había soñado se haya hecho realidad, desde luego gracias a Dios por permitirme vivir para lograr mis metas y a mis amigos que son la motivación para haberlo elaborado. *Confesiones de un corazón roto* revela una travesía, una faceta de mi vida, que sé que muchas adolescentes a mi edad han vivido, y por este hecho, llegan a medidas tan extremas; espero que los lectores de mi cuento lo tomen como reflexión para su vida y no se deje atormentar por estos problemas. Me encanta leer y mi pasión es escribir y espero que con esto llegue a ser una gran escritora.

Grado Noveno
Institución Educativa Distrital
San José Norte
Bogotá, D. C.

Confesiones de un corazón roto

NATALIA CARDOZO VARGAS

Otra vez no, no otra vez, esos gritos, esos gritos que me hacen estremecer del miedo. Sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en la puerta de mi cuarto, escucho cómo llora mi madre y, entre sollozos, le dice a mi padre que pare, que no la golpee más. Él hace caso omiso y sigue golpeándola. Mi madre, tendida en el suelo, se aguanta mientras llora, mientras sus gritos retumban por las paredes de la casa.

Abro la puerta y, con mucho cuidado, asomo la cabeza. Al ver como mi madre llora en el suelo, desconsolada, grito:

—¡Padre, ya no más, por favor, para!

—Lauren, entra a tu habitación —dice mi madre, mientras trata de levantarse—. Enciérrate en tu habitación.

—¡No! Para, papá, para.

Mi padre no hace caso. Se acerca, me toma de un brazo y me entra a mi habitación, encerrándome.

—Esto es asunto de tu madre y mío. —Y se va.

No aguanto más. Estoy cansada. Mi padre no debe golpear a mi madre, no debe desquitarse con ella. Por culpa de sus problemas financieros y económicos, se ha puesto tan agresivo. La semana pasada, cuando volvió a golpearla, la mandó para el hospital. A mi hermana Janett y a mí nos mandaron con un psicólogo. Mi hermana, en las sesiones, se queda siempre callada, por lo que me toca hablar sola. “¿Cómo han estado?”. “Pues... bien”, le digo, con lágrimas. “Ya

veo. Y tu madre, ¿cómo está?”. “Mal”, digo con toda la sinceridad posible. “¿Sigue en el hospital?”. “No”, contesto. Mi hermana se levanta y sale. La sigo.

A partir de ese día, no volvemos. Desde que comenzaron las agresiones de mi padre, encontré la forma más efectiva de sentirme bien: olvidarme de lo que pasa en casa. Cuando llego del instituto, me encierro en mi cuarto y me dispongo a dibujar, aunque la verdad es que me lastimo, pero es la única manera de que me sienta bien. Lastimosamente, mi manera de sentirme bien trae consecuencias. El miércoles ingresé al hospital, atormentada y desesperada de escuchar a mi mamá llorar, gritar y pelear. Tomé pastillas, tantas que caí inconsciente en mi cuarto. Me dieron de alta el jueves, en la noche. Mi madre, triste de saber lo que hago para escapar del infierno que vivo en casa, me sube a mi habitación y, con todo el cariño del mundo, me acuesta para que descanse.

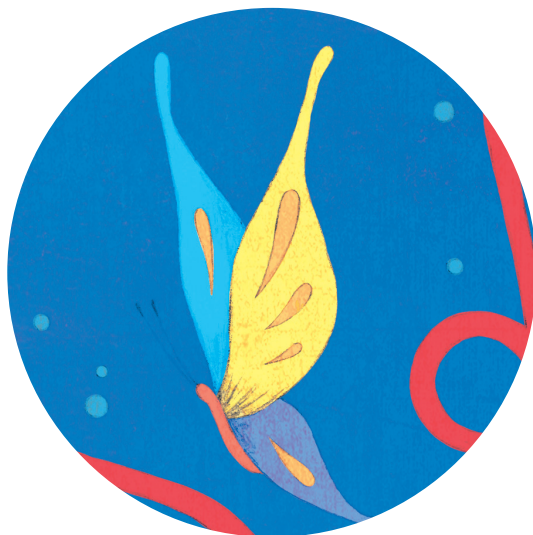
A las dos de la mañana escucho cosas cayendo al piso, vidrios rompiéndose. Descalza, salgo de mi cama y me dirijo a las escaleras. Al bajar, veo como mi padre, borracho, golpea a mi madre sin compasión. Bajo y, sin pensarlo dos veces, cojo un palo y le doy a mi padre en la cabeza. Mi madre, mirándome, me abraza y me lleva a mi habitación. Luego de darme un beso en la frente, baja a socorrer a mi padre, que yace en el piso.

Vuelvo a desahogarme. Dibujo en la hoja, hasta donde no puedo. Me desahogo y... Otro grito me despierta de mi ensueño. Escucho a mi madre gritar. Me decido muy rápido. No tengo por qué soportar esto. Cojo mi iPod y pongo “Clarity” de Zeed. Me trago veinte pastillas de un solo bocado. Duran un poco en mi garganta, hasta que bajan. Me siento en la cama, con cortinas y ventanas abiertas y con solo la luz de la

luna. Sin pensarlo, paso el pincel sobre la hoja, con el mismo color, un hermoso y fuerte rojo escarlata formando líneas horizontales y verticales, líneas sin ningún sentido. Paso, paso, paso y paso el pincel, sin cansarme, sin detenerme. La hoja sigue manchándose de rojo.

Después de un rato de seguir dibujando, mi visión empieza nublarse. Todo me da vueltas. Dejando mi pincel a un lado, observo mi obra de arte. Trazos, trazos largos y profundos en mi piel, con el rojo escarlata desbordándose en los costados de mi muñeca y brazo, líneas por todos lados. No veo, no distingo las cosas, me estoy perdiendo entre el mundo de las sombras, la oscuridad.

Sin escuchar nada, me dejo llevar, dejando atrás los gritos y sollozos de mi madre, los golpes de mi padre y el olvido de mi hermana y, lo mejor, no despertaré nunca más. ■





El viaje final

LAURA ZARAY CARABALLO JARAMILLO

MONTERÍA, CÓRDOBA



Principalmente a la literatura, por hacerme sentir viva, completa y por transmitir tanta magia. A Dios, mi mayor apoyo y sustento. A mi padre por ser mi lector número 1, mi mejor amigo, mi mentor, mi mayor motivación e inspiración. A mi madre, por inculcar la lectura en mí y esforzarse tanto en hacerme una persona de bien. A mi profesora Maleja, por sus valiosos y acertados consejos. A mi institución, La Inmaculada, por el inmenso apoyo. Y a todas aquellas personas que de una u otra forma hicieron parte de esto. Gracias, mil gracias.

Grado Noveno
Institución Educativa La Inmaculada
Montería, Córdoba

El viaje final

LAURA ZARAY CARABALLO JARAMILLO

Cuando era chico, me gustaba observar el paso de los trenes. En las mañanas, durante la época de vacaciones, el primer tren pasaba a las 5:45 de la mañana. Mamá decía que estaba realmente loco, pues había que aprovechar las vacaciones para dormir. Me gustaba ver lo que hoy en día son las vías abandonadas que conectan a mi ciudad natal, Santa Marta, con Bogotá. Cada viaje del tren era una nueva historia que inventaba. Solía imaginar la vida de cada una de las personas que embarcaban y luego inventaba su desenlace, imaginando que estarían mejor en su nuevo destino.

Metafóricamente, idealizaba cada viaje del tren, como una etapa en nuestras vidas. Había quienes perdían el tren. Unos cuantos optimistas esperaban por el siguiente; otros, por el contrario, volvían a sus casas, dándose por vencidos. ¿Acaso no sucede lo mismo en nuestras vidas?

En ese entonces no lo entendía, pero ahora que soy adulto sé que nos rendimos con facilidad, sin saber que cada caída es algo nuevo que aprender. En el tren, cuando finalizaba un viaje, iniciaba otro. En nuestras vidas, las aventuras o los viajes son incontables. Cuando llovía, veía a mujeres muy elegantes, preocupadas por no mojar sus carteras con las gruesas gotas de agua. Con paraguas en mano, corrían con fervor para encontrar un refugio.

Cuando niño, no lo entendía, pues amaba mojarme en agua de lluvia, correr por las calles de Santa Marta, a pie, descalzo, con los pelaos de la cuadra, sentir el olor a tierra

mojada y el frío colarse por mi cuerpo, junto con las fuertes brisas. Luego, ver a mamá enfadarse con los resfriados que atrapaba, pero valía la pena. Ahora es más mi temor por mojar mis costosos zapatos o ensuciar mi elegante traje. Amaba los paseos en bicicleta, los bolis de tamarindo de la vecina, jugar a la lleva con mis amigos, tocar las casas de los vecinos y salir corriendo antes de que abrieran. Amaba la yuca con suero de mi mamá, dormir en el sofá y despertar en la cama, caerme del palo de mango del patio y no decirle a mamá porque sabía que se enfadaría, jugar bolita de cristal y salir a patear en las tardes, a pie, descalzo, a pesar del intenso sol y, por supuesto, inventar historias con los pasajeros del tren, como la damisela que observé llorando en una ocasión. Imaginé que era porque un tonto hombre, que no merecía el nombre de caballero, la había abandonado; sin embargo, en mi historia la damisela se había vuelto a enamorar de uno de los pasajeros del tren.

Ahora, años después, he olvidado muchas cosas que solía hacer de chico, preocuparme por no contagiarme de piojos, o rasparme las rodillas. Ahora debo pensar en que el recibo de la luz no llegue muy costoso, o que mi esposa no me sea infiel, hacer cosas que agraden a mi jefe y darles a los niños un buen regalo para Navidad.

¿En qué momento cambió tanto mi vida? Hay algo que nunca va a cambiar. Las antiguas vías del tren, que tanto me enseñaron sobre la vida, que me sacaron lágrimas cuando emprendieron su viaje final y que hoy, para la mayoría de los habitantes de Santa Marta, son unas vías inservibles que traen uno que otro recuerdo. Son mi infancia desde una sola óptica.

Les cuento estas historias a mis hijos. Algunas veces exagero o añado con el propósito de que hagan sus deberes; otras veces, les cuento todo lo que aprendí y les ruego que

lo pongan en práctica para llevar una vida completa y feliz. Mamá, ahora, tiene Alzheimer. Cuando la traigo a las vías del tren, siempre recuerda a aquel niño a pie, descalzo, tirado en el suelo, con los ojos iluminados, observando fijamente los ires y venires del viejo y mágico tren de Santa Marta. ■





La víspera

LAURA VALENTINA LINARES RIAÑO

BOGOTÁ, D. C.



Una mañana desperté recordando un sueño en el cual veía morir a dos seres queridos; a mi mente llegó la idea de crear un cuento que diera solución a tan nefasto suceso y de ahí surgió La víspera. Ahora estoy disfrutando de todos los momentos tan especiales que viví, como ganadora del Concurso Nacional de Cuento, gracias a ese sueño melancólico que tuve.

Quiero dar gracias a Dios, a mi familia y sobre todo a mi padre quien fue el que me animó y apoyó en este proyecto; el hermoso arte de escribir.

Grado Noveno
Gimnasio Campestre Los Sauces
Bogotá, D. C.

La víspera

LAURA VALENTINA LINARES RIAÑO

Mientras el médico le explicaba su estado de salud, el rostro pálido y demacrado de Pepe se iba tornando triste y preocupado. Sentado en el borde de una camilla, escuchaba al médico recitar las frases usuales y rutinarias que les suelen decir a los pacientes desahuciados: “Don Pepe, es mejor que pase los pocos días que le quedan en compañía de su familia, aquí ya no podemos hacer nada por usted, veinte días o un mes pasan volando y ese es todo el tiempo que le queda, firme aquí y buena suerte, le he recetado morfina para cuando el dolor se incremente”.

Pepe recibió el papel y el bolígrafo que el médico le pasó y estampó su firma en el documento. El médico le extendió su mano y, dando media vuelta, se alejó del resignado hombre. En aquel frío y deprimente hospital, Pepe comenzó a emprender, con pasos lentos, el camino hacia la salida. Sintió una mano que tocaba su hombro y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza, sin saber por qué razón. Al voltearse, se encontró de frente con un hombre de aspecto enigmático. Pensó que era la muerte, que se había adelantado en llegar. No pudo pronunciar palabra. Fue el extraño quien dijo: “Sé lo que le pasa”. “¿Cómo? ¿Es usted médico de este hospital? Sé que voy a morir en menos de un mes, y perdóneme si soy descortés, pero no quiero hablar con nadie”.

Al tratar de alejarse de aquel hombre, este lo sujetó del brazo y le preguntó con voz lúgubre: “¿No le gustaría tener la oportunidad de vivir otros diez años más?”. El rostro de Pepe

mostró interés. “¿A quién no? Pero eso no es posible, la muerte no se puede evitar”. “Pues le voy a dar esa oportunidad. Diez años, ni un día más, ni un día menos”.

La vida y el ánimo inundaron todo su ser. Su rostro se iluminó con la esperanza de aquella extraña e insólita propuesta. “¿En serio? Pero ¿cómo puede ser eso posible?”. “Llevo muchos años dándole esta oportunidad a los moribundos para que puedan vivir otros diez años y luego le cedan esa oportunidad a otros moribundos que lleguen a la víspera del cumplimiento de ese plazo”. “¿Y cómo?”, preguntó Pepe. “Solo debe cumplir mis instrucciones al pie de la letra. Hoy es 3 de marzo. El próximo 13 de marzo se cumplirán diez años del anterior beneficiado; de él recibirá su nueva oportunidad”. “Explíqueme”, suplicó Pepe.

El hombre sacó un papel y se lo entregó, mientras le explicaba: “Aquí está la dirección de Luis, a quien deberá buscar la víspera del día 13. Dígale que los diez años se han cumplido y que volverá al día siguiente a estrechar su mano. Él entenderá, y al día siguiente, cuando le dé la mano, comenzará su segunda oportunidad”.

Pepe guardó el papel en su camisa y preguntó: “¿No puedo ir ahora mismo? ¿Por qué esperar?”. “No. Solo puede llegar la víspera del día 13, y el 13 volver y tomar la oportunidad, entonces él tomará sus males, morirá, y usted vivirá. A la víspera del día 13, dentro de diez años, alguien llegará a usted y le recordará que su tiempo ha terminado. Le dará lo que a usted se le entregó. Recuerde, ni un día más, ni un día menos”.

Titubeando, Pepe solo atinó a decir: “Gracias”. Sin saber cómo, el hombre desapareció y Pepe se vio completamente solo. Para comprobar que no había sido una alucinación, metió la mano entre su camisa y encontró el pedazo de papel. Su

mente era un remolino de pensamientos. Pensó que después de todo no tenía nada que perder. Aunque era una locura, se aferró a esa insólita oportunidad.

Se fue a su casa, a esperar ansiosamente que llegara la víspera del 13. Los días pasaron y llegó la víspera del 13. No despertó, porque la ansiedad no le había permitido conciliar el sueño. Saltó de la cama cuando vio el amanecer del día 12. Sabiendo que no podía llegar muy temprano a su destino, pasó las primeras horas del día tratando de arreglarse para enfrentar ese decisivo momento ante un desconocido. Repasaba una y otra vez las palabras que debía decir, según las instrucciones del hombre. La esperanza de vivir otros diez años le infundía los ánimos y las fuerzas que su enfermedad le quitaban.

Lleno de energía, salió por fin en busca de su oportunidad de vida. Ansioso, llegó al lugar, un lujoso restaurante, donde encontraría a Luis. Se dirigió al interior mientras pensaba: Es ahora o nunca. Mientras ingresaba al recinto, pudo ver que varias de las mesas estaban ocupadas por elegantes clientes, que comían y compartían felizmente. Un mesero del lugar lo detuvo para atenderlo con mucha cortesía: “Buenas noches, señor, ¿desea usted que lo acomode en una mesa?”. Nerviosamente, Pepe respondió: “No, gracias, busco a don Luis, es urgente que lo vea”.

El mesero le indicó con la mano que esperara, mientras se dirigía a una de las mesas donde se encontraban varias personas. Pepe lo siguió con la mirada y pudo ver cuando le habló a uno de los clientes en voz baja. Ambos lo miraron mientras el hombre movía su cabeza en señal de negación y el mesero volvió adonde Pepe se encontraba. “Disculpe, señor, pero don Luis no cree conocerlo. En este momento no puede atenderlo”.

El rostro de Pepe palideció. Con voz decidida, dijo: “Dígame a don Luis que hoy es la víspera del día 13, y que los diez años se han cumplido”. Asombrado, el mesero regresó a la mesa del hombre y volvió a hablarle al oído. El mensaje pareció descontrolar a don Luis, quien giró nerviosamente mientras se ponía de pie. Titubeando, le dijo a Pepe: “¿Qué es lo que usted ha venido a decirme?”. Convencido de las palabras del enigmático hombre del hospital, Pepe contestó, un poco más sereno: “Hoy es la víspera del día 13 y sus 10 años se han cumplido, mañana volveré a estrechar su mano y usted sabrá lo que ha de pasar”. Don Luis enmudeció. Asintió y dijo: “Sí, así debía ser, vuelva mañana”.

Llegó el día 13. Serían las diez de la mañana cuando Pepe encontró a don Luis, sentado, esperándolo. Los hombres se miraron con tensión. Pepe estiró su mano, mientras trataba de expresar alguna frase consoladora: “Perdone usted, no sé cómo darle las gracias”. “No se preocupe, así deben ser las cosas”, dijo don Luis, extendiéndole la mano mientras se le escapaba una lágrima. Mientras Pepe sentía que sus fuerzas se renovaban, don Luis sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Ocurrió pues que la vida de Pepe dio un giro contundente. El ahora exitoso empresario vivía con holgura y sin preocupaciones, tenía un bello hogar y su vida era prácticamente perfecta. Los días, los meses y los años pasaron, hasta que un 12 llegó un hombre de aspecto deplorable a buscar a Pepe en su negocio. ■

CATEGORÍA

ESTUDIANTES DE GRADOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO

SILVANA MIRANDA

BOGOTÁ, D. C.



p. 78

Reflejos

LUISA FERNANDA ZAMBRANO ARRIETA

BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



p. 81

**El violinista
del diablo**

LAURA CAMILA GIRALDO LORA

BOGOTÁ, D. C.



p. 87

El último invierno

MARÍA EUGENIA HERNÁNDEZ GUZMAN

BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



p. 93

Metamorfosis

SEBASTIÁN CARREÑO VILLERO

VALLEDUPAR, CESAR



p. 99

Una mirada y un adiós



Reflejos

SILVANA MIRANDA MONTENEGRO

BOGOTÁ, D. C.



Escribir una historia es inevitablemente reconstruir la propia, y sin saberlo, en ella se quedan fragmentos de su creador. Con el tiempo, me ha costado discernir si soy yo quien definió a Bernarda, o si es ella la que cada vez que leo el cuento, me revela más de mí. Solo me queda decir que “Reflejos” es a la vez un espejo de todos los que han influido en mi pasión por escribir, desde mis papás y profesores, hasta los autores que he leído. A todos ustedes, ¡muchas gracias!

Grado Undécimo
Colegio Andino
Bogotá, D. C.

Reflejos

SILVANA MIRANDA MONTENEGRO

Recurría a ese lugar de manera espontánea, con frecuencia, cada vez que en ella surgía de nuevo la necesidad de verse fascinada infinitas veces con su propia figura. El salón de los espejos, la habitación abandonada que alguna vez fue testigo de las historias más expresivas contadas solo a través de cuerpos que se movían audaces en armonía con las piezas de música. El aire parecía contener aún las notas y los movimientos de aquellos tiempos, como un recuerdo que toma forma de un lugar, un secreto bien guardado.

Bernarda pasaba horas en el sitio, ensimismada en el efecto que causaba que un espejo estuviera situado frente al otro. Se quedaba en medio del salón y empezaba una larga secuencia de expresiones que al mismo tiempo se deleitaba en ver en la infinita cantidad de Bernardas a su alrededor. Su cuerpo era protagonista de extensas coreografías y sus clones, ubicados a todos lados, alrededor de ella, la imitaban con una impecabilidad placentera. A veces, incluso, corría a una esquina y se encontraba con tres semejantes, conversaba con ellas, preguntándose de la misma manera que respondía, y veía a continuación su satisfacción en el reflejo. Algunos días se proponía descubrir exactamente cuántas otras Bernardas bailaban junto a ella y empezaba un conteo que detenía cuando las más lejanas no eran otra cosa que siluetas indefinidas, fundidas unas con otras. Sabía que estaban ahí y la imitarían, con eso bastaba.

El día olía a ilusiones cuando Bernarda decidió visitar a su secreto cómplice con la intención de crear una nueva

obra de la expresión corporal. Comenzó segura, con movimientos de brazos, cuando comprobó indignada que algo inusual ocurría. A su derecha, la tercera Bernarda no hacía parte de la sincronizada coreografía, sino que dormía descaradamente en el piso. Bernarda, ofendida, intentó alertar en vano desde su posición a la culpable de aquel atropello, consiguiendo, como único resultado, una rabia y frustración nunca antes experimentadas. No había más alternativa: tendría que ir a despertarla personalmente. Se dirigió sin pensarlo a la habitación idéntica, a través del espejo, y siguió sin detenerse hasta llegar al salón indicado. Se encontraba ante la vil infame cuando dio un grito convertido en silencio. Recordó que no existía el ruido en los reflejos y se decidió por una patada certera que cumplió con el objetivo de castigar y despertar a la irresponsable Bernarda.

Una vez llevado a cabo su deber, se dispuso a volver a su propia dimensión, confundida al darse cuenta de que no le era posible llegar a ella. Absorta en su afán por despertar a la culpable, había ignorado que cada vez que atravesaba un espejo, lo mismo hacía su reflejo, suplantándola en la habitación que ella dejaba. Desesperada, intentó revertir el proceso, pero ya no era imitada por las demás e iba perdiendo lentamente dominio sobre sus acciones. Vio, incrédula, como ahora una nueva Bernarda ocupaba la dimensión antes suya y, conforme iba entendiendo lo que ocurría, comenzaba a hacer ligeros movimientos por voluntad propia. Se encontró a sí misma imitando a la perfección pasos de baile que no eran suyos y expresiones faciales que no correspondían a lo que sentía. Completamente incapaz de cambiar la realidad, se resignó a esa existencia, solo posible mediante la imitación de su propio reflejo. ■



El violinista del diablo

LUISA FERNANDA ZAMBRANO ARRIETA

BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



Gracias a Dios por esta experiencia, a mi padre por su apoyo, a mi madre por su paciencia y a mi primo Richard, por intentar ver desde mi punto de vista, pero sobretodo le agradezco por lograrlo y por empujarme a través de mis inseguridades para superarlas. A mis princesas aztecas, mis mejores amigas, por el apoyo que sobrepasa todas las distancias. A Nico, Kevin y Yesly por leer todo lo que escribo, a Sebas por ser ejemplo y a Jaime por creer en mí desde mi primera historia.

Grado Undécimo
Centro Educativo Pentecostal
Barranquilla, Atlántico

El violinista del diablo

LUISA FERNANDA ZAMBRANO ARRIETA

S alió, como solía hacerlo cada madrugada, al encuentro de aquel amante prohibido, con el estuche del violín abrazado a su pecho mientras se deslizaba sobre el tejado, dando saltos de patio en patio, hasta el techo de la camioneta que por obra de Dios —o del diablo— siempre le esperaba. Caminó dos, tres, cinco cuerdas... El teatro abandonado era su destino y aquella noche lo enfrentaría con gusto. Su pelo negro, aplastado contra la frente por el sudor que le bañaba, las manos temblorosas al apartarlo por el nervio que le gobernaba. La sombra del teatro le daba un aspecto fantasmagórico, pero era lo que le informaba que aquel apasionado amante lo esperaba.

Abrió el estuche y saco el violín, un hermoso Stradivarius. La puerta trasera se abrió con un chirrido. Caminó entre telarañas y polvo, ávido y bañado en sudor de ansiedad, el violín al hombro. Comenzó a tocar “Didone abbandonata”, de Giuseppe Tartini, desplazando el arco sobre las cuerdas del violín con aquella delicadeza que solo él poseía, con la inmensa inocencia que aún en sus quince campanadas conservaba.

En medio de la total oscuridad que le rodeaba, las manos cálidas de su amante no le sorprendieron. Era igual siempre que se encontraban, con la oscuridad como testigo. Sus manos estaban sobre las del muchacho, en el violín, una en el diapasón y otra en el arco. Le cambió los movimientos para comenzar una sonata diferente, “El arte del arco”, también de Giuseppe Tartini. Jamás entendió realmente el empeño de su

amante en tocar a Tartini... Pero no tenía importancia mientras sus manos le acompañarán.

Prosiguió a tocar los deseos de su acompañante, quien apartó las manos del violín para ponerlas sobre él y, con ellas, le recorrió las suyas. Eran calientes, como el mismísimo infierno, suaves y delicadas al tacto, rudas siempre que de pasión se trataba. Probablemente, si le hubiesen dicho, hace un par de años, que estaría escapando del amparo de su hogar para ver a escondidas a un hombre en el teatro, no solo no habría creído, también trataría de loco a quien se lo dijera. Siempre —incluso aún— se jactaba, junto con sus amigos de la escuela, de su hombría, de cuánto le gustaban las chicas, de lo bellas que eran sus sonrisas y demás atributos.

Pero cuando el reloj marcaba las tres de la alborada, la historia cambiaba por completo. No notó en qué momento Diaval le abrió la gabardina, ni en qué momento sus manos se colaron impetuosas bajo su ropa. Solo sintió aquellas manos acariciando su piel, haciéndole vibrar bajo el contacto, con las mejillas sonrojadas y tocando mal las notas. Las rodillas le temblaron al sentir el aliento de Diaval chocar su oído al soltar una leve risa.

—Si te distraes, no volveré a tocarte.

Sacó las manos debajo de la camiseta del menor, llevándolas una vez más al violín. “Danza macabra”, de Saint-Seans. Los labios de Diaval le rozaron el cuello. Kai ahogó un jadeo mientras la ansiedad le hacía tocar más rápido. Aquel aliento tibio le erizó el vello de la nuca y, sin previo aviso, aquellos labios lo recorrieron desde el hombro, expuesto por su inclinación sobre el violín, hasta el nacimiento de la mandíbula, con besos suaves de labios ardientes. Las manos de Kai, en el arco del violín, estaban tan apretadas que en cualquier momento

terminaría rompiéndolo. El placer, la excitación, el calor que le recorría teniendo aquellas manos sobre su cuerpo. Gimió en medio de la sonata al sentir los dientes de Diaval clavados sobre su hombro y su pelvis contra su trasero, dándose cuenta de que no era el único disfrutando el momento.

El violín le fue arrebatado bruscamente. Lo escuchó caer. Diaval lo tomó de la cadera para girarlo y le devoró los labios. El menor agradeció que lo tenía firmemente agarrado, porque sus piernas flaquearon. Se entregaron a la impudicia sobre el escenario viejo y polvoriento del teatro. Las pesadas ropas desaparecieron, como si de magia se tratara. Kai temblaba bajo las caricias de su amante. Diaval no perdió la forma romántica de tocarlo, de hacerle alcanzar el cielo y caminar por el infierno. Besó, mordió y marcó con sus dientes la suave y cándida piel del muchacho. Kai le palpó el rostro con primor, sintiendo las facciones finas, pero masculinas. Había aprendido a ver sin sus ojos. Lo necesitaba, pues jamás había visto a Diaval ante la luz. En todo el tiempo que llevaban juntos, solo tenía la certeza de que era hermoso.

Hicieron el amor sobre la fría y polvorienta madera, como tantas otras veces. Se quedaron uno junto al otro, a medio vestir, tratando de recuperar el aliento, dándose, acariciándose, murmurando “te amos” recíprocos.

—Diaval —llamó Kai con la voz queda, estando aferrado a la comodidad del pecho fuerte de Diaval, quien lo ajustó aún más al escuchar su nombre en los pequeños labios del menor.

—Dime qué ocurre, amor mío —le susurró al oído.

—Hace tanto tiempo que hacemos esto, que estamos juntos, y jamás he visto tu rostro, ni has tocado el violín para mí —susurró.

Diaval soltó un suspiro largo, pesado.

—Dime si ese es tu deseo y en este instante tocaré para ti, pero prométeme... —la pausa se le hizo eterna a Kai, casi pensó que Diaval había escapado, cuando su voz recia volvió a sacudir lo más profundo y carnal de su ser—, prométeme que tu violín solo sonará para mis oídos, que solo mío será tu cuerpo; sé mío en cuerpo y alma. Promételo, Kai.

Aquella dulce petición en la voz de su amado envió un aletear de mariposas por su estómago. Kai se acercó y lo besó con ternura.

—Te lo juro, Diaval, amor mío. Seré tuyo de cuerpo y alma, por siempre y para siempre.

Sonrió en la oscuridad. Podían escucharse los pasos de Diaval sobre el escenario de madera. En medio de la oscuridad, podía escucharlo acariciar las cuerdas del Stradivarius. Estaba ansioso por escucharle tocar. Diaval no se hizo esperar, empezando lentamente. Pronto se encontró tocando una macabra sonata, aquélla que le había costado la vida al mismísimo Tartini: “El trino del diablo”. El violín casi gritaba. La piel se le erizó cuando un par de reflectores se encendieron. La energía y la sonrisa desdeñosa le hacía sentir las emociones de Diaval.

La sonata era tocada con descaro, con una elación extremista, como si estuviese burlándose con cada nota. Asombrado, observó a su amado, hermoso como lo había imaginado, dotado de unas alas brillantes. Era un Ángel, y era suyo. Al girarse, se halló con un auditorio lleno. Bestias y demonios de todo tipo observando extasiados a su amado. La sonata del diablo se escuchaba con fuerza, como si Diaval quisiera destruir las cuerdas en el arco. El olor a azufre y los gritos le cohibieron el alma, gloriaron a Diaval, llamándole amo y rey. Era tarde, pero lo comprendió. No, aquello no era un ángel, pero le pertenecía, por centurias. ■



El último invierno

LAURA CAMILA GIRALDO LORA

BOGOTÁ, D. C.



A los amores imposibles que sobreviven en la imaginación, a los suspiros que nadie escucha, a las miradas que se pierden en el infinito y se cruzan en el horizonte por encima de los planetas, por la fe, sin nombre y sin memoria, por las letras que escribiré algún día sin final, por los recuerdos inmortalizados para siempre, por ese adiós inolvidable, por ese último beso, por todas las ilusiones, por perder los miedos y correr riesgos inimaginables, por cumplir los sueños.

Grado Undécimo
Colegio Ramón B. Jimeno
Bogotá, D. C.

El último invierno

LAURA CAMILA GIRALDO LORA

El frío polar hacía que el pueblo pareciera un cementerio. Solo las frías ráfagas del norte parecían moverse por las calles desoladas. Junto a la ventana, ella soñaba con una ola de calor que la hiciera evaporarse sin ruido y volar por encima de las nubes para condensarse de forma mecánica. Ser como la lluvia que tantas veces perseguía y añoraba sin poder tocarla a través del cristal de la ventana. Era curioso: Jecaslovaquia, en su corta vida independiente, e incluso durante su anterior y larga etapa como colonia soviética, jamás soportó tan bajas temperaturas, como si la madre naturaleza se empeñara en enterrarla en el olvido. El aliento glacial de todos los días impidió que las casas perdieran el color ceniciento que les dejó una guerra que ella jamás imaginó, cuyo único vestigio era el cadáver paquidérmico de un tanque de guerra carcomido por el óxido y en el que no brotó ni el musgo.

Ella formó parte de una generación que heredó una tristeza incomprensible pero que todos parecían aceptar sin oponerse. La nieve se precipitaba suicida contra las rocas filosas del peñasco que se elevaba justo detrás de las casas buscando, con su sacrificio, escapar del frío que parecía eterno. Ella sintió la necesidad de estar en otro lugar. Lo primero que pensó fue ir en la tarde a recoger manzanas cristalizadas junto al lago de los amantes, que ni era lago —solo un pequeño charco congelado—, ni había sido visitado por amantes, al menos en lo que ella tenía de vida.

La noche anterior, el árbol había cedido a la vejez y se había quebrado, cayendo sobre la superficie congelada que se lo tragó, convirtiéndose así en su féretro traslúcido. Su padre tuvo que salir en la mañana hacia el pueblo vecino a conseguir un repuesto para la máquina de la fábrica donde trabajaba, encargándole la importante tarea de vigilar la casa y cuidar que la chimenea estuviera siempre ardiendo, pues era la única manera de sobrellevar la artritis que siempre le dejaban los viajes largos. Por eso ella estaba allí, con la existencia clavada a la silla, con un ojo en la ventana y otro en la chimenea, después de haberla alimentado con ramas secas, viendo caer aquel blanco velo sobre los techos.

De repente, tras la nívea cortina que caía, pudo divisar una silueta y pensó que no podía ser de este mundo. El vidrio de la ventana parecía empañado, por lo cual acercó sus labios al mismo hasta que casi lo rozaron y exhaló con fuerza lo más cálido de su aliento. Usó la palma desnuda de su mano para limpiar y ver mejor. La silueta se acercaba cada vez más. Estaba bien abrigado, pero no su rostro. Su cara estaba siendo castigada sin misericordia por el frío. Al verla, supo inmediatamente que no se trataba de alguien conocido, ni de los cobradores de impuestos o de alguno de los vendedores, condenados al infortunio de llegar a este sitio devorador de esperanzas.

Él fue el único de los hermanos que sobrevivió al cataclismo de la polio que sacudió a toda la familia. No era bien parecido y ni siquiera tenía una apariencia fuerte, excepto la rudeza de su rostro. De niño, cargó con el resentimiento de su madre, quien lo culpaba, de cierta manera, por la pérdida de sus hermanos y con la responsabilidad de trabajar para su casa, porque su padre había perdido todo ímpetu y en los

años consecutivos se fue marchitando hasta que murió. No lo retenía el amor. Soportó el odio secreto de su madre, con la misma firmeza con que había resistido a la polio.

El día en que ella murió, solo se concedió el respeto de enterrarla. Plantó una rosa sobre la tierra recién acomodada como agradecimiento por el regalo de la vida y se fue de allí con lo que tenía en los bolsillos. No sabía para dónde, ni le importaba, pues todo lo que necesitaba era dejar atrás un pasado que no era suyo. Avanzaba y el clima se hacía violento. El camino hacia el sur se abría más diligente, pero la terquedad arraigada en su alma hizo que siguiera la vía agreste y peligrosa que subía al norte, a las grandes montañas de donde venían las brisas frías de mayo. Estuvo a punto de morir congelado cuando cayó a un río, pero se sobrepuso a la hipotermia. Era como si alguna fuerza quisiera impedir que siguiera su camino y él se rehusara a hacerlo.

Sin provisiones y sin fuerzas, estaba dispuesto a reconocer la derrota ante la naturaleza cuando, por encima de un peñasco, pudo ver una columna de humo bajo la gruesa capa de nieve que caía. Hacia allí se dirigió. No fue fácil llegar. Buscó la casa cuya chimenea vomitaba nubes inmaculadas, como anunciando la llegada de un nuevo papa. Se descubrió la cara para ver mejor, sin importar el frío que lo golpeaba. Cuando llegó, lo único que pudo ver fueron unos ojos grandes y expresivos que lo seguían voraces a lo largo de la entrada desde la séptima casa, junto a la fuente de agua estéril y frente a un panzer alemán reducido a chatarra.

Es increíble como dos mundos que se encuentran por primera vez pueden detener el tiempo. Fue un segundo fulminante en que sus ojos estuvieron lo suficientemente cerca para fijarse con detalle el uno al otro. Él, inmóvil, no se percató de

que la nieve había cesado de repente; ella ignoró la llama que languidecía en la chimenea. No parecía que habían existido antes de ellos otros días de soles brillantes. Ella lo miraba con ojos de animal salvaje, aún tras el cristal, con la absoluta certeza de haberlo conocido en otra vida. La luna brillaba con la magnitud de treinta lunas nuevas. En el horizonte, los trazos boreales daban un espectáculo que ninguno de los dos había visto ni verían.

La noche se les fue hablando de asuntos frívolos y serios por igual, con la confianza de los que se conocen desde hace mucho tiempo. La hizo reír como nunca nadie lo había hecho, tanto que los dos hoyuelos, al final de su espalda, vibraban produciéndole una extraña sensación. A él le gustó su manera de reírse: arrugando la nariz, dejando escapar de las fosas nasales resoplidos entrecortados para poder respirar. Ella encontró conmovedora la forma en que la noche apagaba el eco de los dedos de él al tronarse. Habían guardado, sin saberlo, las ganas de amarse para siempre. Ninguno de los dos lo supo. Ella, inocente; él, frío. Sin embargo, estaban allí, bajo el calor revivido de la chimenea, ignorando que la vida había sido para ellos.

Él olvidó lo mucho que le dolía la existencia y ella abrió las alas a la libertad de un cautiverio del que no tenía conciencia. Ella lo dejó dormir sobre su regazo mientras jugueteaba con un lunar del tamaño de una moneda, justo detrás de su oreja izquierda. Los rayos de un sol casi desconocido los despertó entrada la mañana. Ella volvió a su mundo, recordando que su padre llegaría ese día. Él resolvió seguir su destino errante, bajo el abrazo frío del invierno. Ninguno de los dos quedó triste, porque, aunque no lo sabían, habían vivido el amor que muchos no alcanzan en toda una vida. Y así, él se fue de su vida y se llevó consigo el último de los inviernos. ■



Metamorfosis

MARÍA EUGENIA HERNÁNDEZ GUZMÁN

BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



Mi amor por la escritura nace desde que tengo seis años, mi madre siempre me contaba historias mientras lavaba la ropa en la batea de la casa de mi querida Betu cuyos diáfanos ojos me inspiraron para crear a Malena. A ellas y a mi hermana quien me enseñó el mundo infinito de los libros, doy mis letras y mi eterno amor. A mi profesora Jaqueline, a mi mejor amiga literaria Julieth, a mis tíos, a mis cinco mejores amigos de la escuela y a las manos que tocaron mi historia y se dejaron enamorar de Ann.

Grado Undécimo
Institución Educativa Distrital
Antonio José de Sucre
Barranquilla, Atlántico

Metamorfosis

MARÍA EUGENIA HERNÁNDEZ GUZMÁN

La vida no golpea, no maltrata, no ultraja a nadie; el ser humano, sí. Mis sueños yacen en lo más íntimo de mi ser, los cuidaré hasta que mi último suspiro sea escuchado en la tierra.

Era un quince de junio del año 2000. Mis padres, la abuela y yo nos preparábamos para partir de donde la guerra no dejaba vivir. En un intento por salvar nuestras vidas, mis padres decidieron dejar cuanto teníamos para no alertar la atención del grupo armado más poderoso de nuestra ciudad. Cada cierto tiempo sacaban dinero a los trabajadores y a las personas honradas, dejaban bombas que iban acabando con la vida de dos de cada cien personas pertenecientes a la ciudad.

Este día era uno de los más importantes en mi vida, pues me iría por fin de aquella pesadilla. Tendríamos esa paz que se escucha en las calles, como si de un mito se tratase. Salimos de nuestra casa a eso de las dos de la tarde, en silencio y con la cabeza gacha. Mamá y papá cargaban las maletas, la abuela y yo los manjares para el camino. Íbamos a paso lento. Recuerdo que mi padre me había dicho: “Es mejor intentar cambiar la vida a vivirla como prisioneros de personas que no son mejores que nosotros”.

Llegamos al lugar de encuentro, junto a los vecinos que harían el viaje con nosotros. Nos iríamos en una improvisada lancha que construyeron a escondidas los hombres de las cinco familias durante varias noches. Cuando al fin nos encontrábamos en la lancha, mi madre dijo: “Una oración no le cae mal a nadie”. Nos tomamos de la mano, cerrando los

ojos para hacer la oración, incluyendo a Malena, una pequeña, poseedora de una inefable sonrisa y unos diáfanos ojos que encantaban.

Cuando soltamos nuestras manos y abrimos los ojos, vimos como la mirada tierna y clara de Malena había oscurecido. Sí, estábamos rodeados de lanchas con malos hombres y armas pequeñas y grandes. Se escucharon tres detonaciones. Malena cerró los ojos y su muñeco de felpa quedó en la madera inestable de nuestra improvisada lancha. Papá y mamá se agarraron de las manos y la abuela cerró los ojos pidiendo piedad a Dios. Los padres del ángel del pueblo dieron un grito ahogado de desasosiego, amargura e impotencia. Las otras tres familias se encontraban atónitas. Lo único que pude hacer fue secar las lágrimas que corrían por mis sonrojadas mejillas.

A lo lejos, se escuchaban voces: “Naden hasta la orilla si no quieren morir también”. Al llegar a la orilla, mamá me tenía abrazada y me dijo al oído: “Este es el fin”. ¿El fin? Un terrible miedo recorrió mi médula espinal. Se supone que los finales son felices, o al menos eso leí en los libros que me prestaba la biblioteca escolar. “Los niños se van con nosotros”.

No fui maltratada físicamente. Jamás tocaron un centímetro de mi cuerpo, pero por dentro estaba hecha pedazos, y no justamente de los grandes pedazos que puedes unir, sino de esos que son como migas de pan. Duré varios años cocinando, cocinando, atendiendo a aquellos hombres. Al cumplir dieciséis años, me botaron como a un animal, sin explicaciones. Me dejaron en la carretera, me dieron dinero y quedé en la mitad de aquella calle llena de penumbra. No sabía qué hacer, solo esperar un alma que se apiadase de mí. Esperé y esperé. La luna estaba saliendo en todo su esplendor, avisándome que la noche no tardaría en llegar. Corrí en círculos, de manera loca

y desesperada, y una frase llegó a mi mente: “Y destruyen las palabras más que los hechos, porque la lengua es de hierro”.

Recordé cuántos hombres habían muerto ante mis ojos, cuántas torturas presencié, cuántos gritos, malas palabras. Recordé que la última vez que me permití llorar fue cuando me separaron de mis padres. Estaba cansada de estar en pie. Me senté en el gélido piso. Al fin era más cálido que mi sufrimiento. ¿Cuántas lágrimas retuve? ¿Cuántas muertes presencié? ¿Dónde iré? ¿Dónde quedó mi niñez? Miles de preguntas pasaban por mi mente. De mis ojos emanaban gotas, gotas de vida, gotas que limpian el alma.

Varios carros pasaron por la carretera. No me atrevía a sacar la mano y pedir ayuda. Cuando pensé que no había esperanzas, un viejo, pero bien cuidado jeep blanco, se detuvo dejando a la vista a una familia. De adentro me hicieron un ademán para que subiera a la parte de atrás. No dudé un segundo. Era más seguro que estar en ese lugar. El viaje no fue de un silencio incómodo, como pensé; por el contrario, la familia me preguntó cada cosa de mi vida. Les conté todo, sin quitar un detalle. Cuando terminé mi historia, se preguntaban cómo era posible que estuviera viva. Me preguntaron si me gustaría quedarme con ellos o estar en un instituto para niños huérfanos. Claramente, opté por ellos.

La vida no se arregló porque llegaron a mi vida esas personas. Fue un desafío inmenso dejar atrás el recuerdo de mis padres y aquello por lo que soñé alguna vez junto a ellos, porque no es fácil olvidar las cicatrices y seguir adelante, no es fácil decir que sí a unos desconocidos y lanzarte de cara al mundo, como si no hubiese un mañana.

Días después de aquel cambio tan importante en mi vida, fuimos a la ciudad de aquella familia. Los hermanos eran

Lilie y Karl, y los padres Luigi y Estela. Pasé noches enteras sin dormir. Sentía cómo el jefe iba a llegar a despertar mi sueño y decirme que era hora de cocinar, lavar o planchar. Pasé días viendo la vista al mar que tenía mi nuevo hogar, pensando en el agua que aquel día vio a mis padres partir. Pasé semanas viendo el diáfano cielo que me recordaba los ojitos de Malena. Pasé horas y horas pensando en mi mejor amiga, la abuela.

La familia de Karl y Lilie me adoptó. El papeleo fue largo. Fui llevada a psicólogos y muchos médicos. Me preguntaron más de mil veces si me habían tocado. Perdí la cuenta de cuántas veces dije que no. Me compraron ropa y me inscribieron en la escuela primaria, puesto que duré tiempo sin coger una libreta y un lápiz.

Si la abuela está en el cielo, no tengo dudas de que fue ella quien mandó aquel carro para salvar a su pequeña Ann. Hoy tengo dieciséis años y siempre he querido saber cómo serían ahora los ojos de Malena, si cambiarían o serían más perfectos, si la abuela iba a tener algunas arrugas más o si mi madre y mi padre algún día me darían un hermano o una hermana. Lastimosamente, no lo sabré. Los primeros días, el sentido de las palabras de mi madre tenían otro significado. Ahora sé que tenía razón, es el fin, el fin del sufrimiento, la angustia, y de recordar el pasado. Es tiempo de sacar esa vehemencia que permanece en mi interior, la que nos hace tener nuevas ideas, crear nuevos objetos, olvidar viejos amores, crear inspiradores versos y, lo más importante, comenzar otra vez. ■



Una mirada y un adiós

SEBASTIÁN CARREÑO VILLERO

VALLEDUPAR, CESAR



Nací en la ciudad de Tunja, pero desde los seis meses he vivido en Valledupar sin abandonar mis raíces. Los libros han hecho parte de mí desde que tengo uso de razón. Recuerdo con especial agrado y nostalgia las fabulas de Esopo, Keiko Kasza y los libros de aventuras que llevaba a casa. Hoy en día Edgar Allan Poe y Stephen King hacen parte de mis escritores favoritos y marcan mi actual línea de escritura. “La imaginación puede llevarte tan lejos que el precio del pasaje sería incalculable”.

Grado Undécimo
Colegio Calleja Real
Valledupar, Cesar

Una mirada y un adiós

SEBASTIÁN CARREÑO VILLERO

En un pequeño y acogedor pueblo llamado Villa Alegre vivía Fátima, una hermosa joven de aproximadamente 16 años que repartía su tiempo entre la lectura y los paseos matutinos en compañía de sus amigas. Vivía con sus padres, los cuales ejercían una potestad algo sobreprotectora. Fátima era algo inmadura para su edad; su carácter jocoso y cariñoso le permitía obtener fácilmente sus deseos y caprichos. Una mañana de sábado, mientras la familia departía alrededor del desayuno, el padre comentó:

—Dicen que ha llegado un circo al pueblo; según los rumores, promete un buen espectáculo.

El padre enfatizó con otros comentarios lo interesante que podría llegar a tornarse la función, al tiempo que pasaba por alto la urbanidad de Carreño, en la que no está bien visto mojar el pan en el chocolate. La sorpresa y la intriga se apoderaron de Fátima, quien se inclinó hacia su padre para no perder detalle de la noticia, mientras masticaba su bocado con mayor rapidez, con la intención de interrogarlo en búsqueda de pormenores. Antes de que pudiera pronunciar palabra, se escuchó a lo lejos una música de circo, que se interrumpía por momentos para darle paso a una voz aguda promocionando el espectáculo.

La música se escuchaba cada vez más cerca. Fátima no pudo esperar. Sin la autorización de su padre, se levantó de la mesa y, tomando de la mano a Jacinta, una joven mulata, hija de la empleada doméstica con la que compartía como

una hermana, la condujo casi que a rastras a la entrada de la casa para esperar el cruce del vehículo. No pasó mucho tiempo antes de que el conductor no solo pasara, sino que se detuviera justo frente a ellas para entregarles los volantes que promocionaban el evento. La joven lo recibió entusiasmada y, al ojearlo, observó la foto del lanzador de cuchillos, presentado como el show central, y que además gozaba de particular porte y elegancia.

—Mira, mi niña, qué hombre tan hermoso —dijo Jacinta, mientras observaba el folleto, que también a ella le había sido entregado.

Antes de que Fátima pudiera responder, los padres de la menor salieron a la puerta, momento que ella aprovechó para llenarlos de besos y convencerlos de llevarla a la primera función. Habiendo logrado su cometido, tomó nuevamente la mano de Jacinta, encaminándola a su cuarto. Luego de cerrar la puerta, dio respuesta al comentario que hacía unos minutos había quedado en el aire.

—Sin duda, es el hombre más apuesto que he visto.

Dejándose caer en la cama, leyó en voz alta el texto que acompañaba la fotografía, al tiempo que Jacinta se acomodaba a su lado: “Edwin Segura, más conocido como Ed el Seguro, el mejor lanzador de cuchillos del mundo entero, donde pone el ojo, pone el cuchillo”. Y así, con esta frase de cajón adaptada de los pistoleros del viejo oeste, culminaba la presentación del hombre que llenaba cada uno de los pensamientos de la menor.

La ansiedad de Fátima aumentaba con el paso de los días. Sin duda, era la primera vez que lidiaba con un amor platónico, que no solo le robaba los sueños, sino que parecía haberse convertido, sin saberlo, en una extraña obsesión.

El día esperado llegó y Fátima inauguró la mañana con una agradable sonrisa, que se extendió hasta el momento en el que la familia ocupó las sillas preferenciales, asignadas dentro de la carpa. Las luces se apagaron y el presentador, alardeando de su potente voz, anunció a los malabaristas, encargados de inaugurar la función. El tiempo transcurría entre risas, comentarios y aplausos, hasta que por fin fue anunciado el lanzador de cuchillos.

—Y ahora, un hombre tan habilidoso como misterioso, donde pone el ojo, pone el cuchillo, el único, el incomparable, el fascinante, ¡Ed el Segurooooooooooooo!

Edwin salió al escenario luciendo un atuendo completamente negro, adornado con una capa brillante, roja, y una venda del mismo color que cubría sus ojos. Caminó con tranquilidad por el tablado, demostrando que lo conocía muy bien. Enseñó sus afilados cuchillos e hizo una reverencia en señal de saludo. Los aplausos no se hicieron esperar. El público estaba expectante. Fátima no paraba de mirarlo, mientras lidiaba con el palpitante de su corazón, que por momentos parecía querer salir de su pecho. El presentador tomó el micrófono y comunicó la necesidad de una dama del público, que además de ser hermosa, tuviera una cualidad que le permitiera ubicarse frente a Ed. Muchas de las presentes levantaron la mano con la ilusión de ser elegidas. El presentador, acercando el micrófono a cada una de las que agitaba su mano, preguntó:

—¿Qué crees que se requiera para estar allí?

Valentía, fe, fortaleza, nervios de acero, fueron algunas de las respuestas; sin embargo, parecía que el presentador estaba esperando una respuesta en particular. Continúo preguntando, hasta llegar donde Fátima.

—Confianza —contestó ella con timidez.

El presentador la tomó de la mano y, levantándola de su silla, le dijo al público: —Les presento a la señorita Confianza.

Caminó con ella hacia el escenario. Su padre frunció el ceño y con un movimiento de cabeza reprochó la decisión, gritó el nombre de la menor con la intención de detenerla, pero su mujer lo calmó y lo acomodó nuevamente en la silla. Ella miró a sus padres y a sus amigas y los saludó como si se acabara de ganar un reconocimiento o un gran premio.

Fátima fue ubicada frente a Ed, quien permanecía con los ojos vendados. La dinámica parecía muy sencilla. La venda sería retirada por un auxiliar y Ed lanzaría sus cinco cuchillos, en cuestión de segundos, alrededor del cuerpo de la voluntaria, hacia unos números ubicados al contorno de la silueta. Todo estaba dispuesto. La venda cayó e inmediatamente las retinas de Edwin y Fátima se conectaron, producto de una mutua atracción física. Él no podía dejar de mirarla, a la vez que sus manos se movían casi por instinto, como efecto de un reflejo instantáneo. Antes de que Ed pudiera reaccionar, uno de sus cuchillos salió desprendido de su mano derecha para dirigirse exactamente adonde él había puesto sus ojos. La cabeza de la menor se movió bruscamente al ser impactada por la daga que reposaba en medio de sus ojos. Ed corrió hacia ella y, antes de que su cuerpo se desplomara, logró tomarla en sus brazos. Fátima le sonrió, mientras veía por primera y última vez el brillo de su mirada.

Villa Alegre dejó de hacer honor a su apellido, postrándose en un dolor prolongado, al mismo tiempo que se dictaminó desterrar para siempre todo tipo de espectáculo circense. Hoy en día, cuando algún turista se atreve a preguntar sobre esta extraña decisión, los habitantes del pueblo se limitan a contestar.

—Porque en Villa Alegre, Seguro mató a Confianza. ■

CATEGORÍA

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

OMAR ESTEBAN CADENA HERNÁNDEZ

BOGOTÁ, D. C.



p. 107

**Crónica de un
tiempo pasado**

JESSICA ANDREA GÁMEZ REYES

BOGOTÁ, D. C.



p. 113

Ángeles caídos

JOINER SÁNCHEZ MORA

AGUACHICA, CESAR



p. 119

¿Por qué no
crecen los
tomates?

ÓSCAR JAVIER CASTRO TRIVIÑO

NEIVA, HUILA



p. 127

Lluvia negra

EMANUEL JOSÉ ACUÑA SILVA

BUCARAMANGA, SANTANDER



p. 135

Principiantes



Crónica de un tiempo pasado

OMAR ESTEBAN CADENA HERNÁNDEZ

BOGOTÁ, D. C.



Las letras tienen algo tan maravilloso como melancólico, y plasmarlas para siempre son una alegría imposible de explicar. Existe la posibilidad de soñar y hacerlo en grande. Oportunidades son las que sobran, y la necesidad de mostrar nuestros pensamientos y reflexiones son imperdibles en un mundo que las necesita para seguir su tránsito.

Séptimo semestre de
Creación Literaria
Universidad Central
Bogotá, D. C.

Crónica de un tiempo pasado

OMAR ESTEBAN CADENA HERNÁNDEZ

Cuando yo era pequeña, la abuela me traía todos los domingos, por la mañana, a visitar el viejo cementerio municipal. El cementerio estaba enclavado entre las montañas, apenas por debajo de la abertura por la que pasaban las nubes que iban a la ciudad. Para llegar, había que caminar por una carretera estrecha, sin pavimentar. Cuando las nubes venían demasiado negras, demasiado preñadas de tristezas, se atascaban entre las montañas. La lluvia caía durante días y el camino al cementerio se volvía una piscina de barro en la que tocaba andar con las piernas enterradas hasta las rodillas. Eran mis días favoritos, pues la abuela me montaba sobre sus hombros mientras la lluvia nos empapaba por completo, le lavaba el cansancio que se le había pegado a la piel durante la semana y le arrugaba la cara. La abuela decía que al cementerio lo habían construido en ese enclave por días como aquellos, para que el agua pudiera esconder los pecados de los muertos entre la tierra.

Me acuerdo que veníamos muy temprano, cuando el aire era todavía azul oscuro y la calle donde vivíamos solo traía el sonido de nuestras pisadas y el golpeteo de nuestra respiración contra el frío de la madrugada. La casa en la que vivíamos quedaba cerca de la vieja estación del tren, desde donde se estiraban los rieles como cuellos de jirafa hacia todas las esquinas de la ciudad. Hace rato que los trenes habían desaparecido y por las carrileras solo se oía la estridencia del

silencio y el traqueteo de la gravilla que levantaban nuestros pasos los domingos, antes de que el sol se despertara. A veces, un señor que cultivaba calabazas nos llevaba un buen trecho del camino en el platón de una camioneta Ford F-150 destaralada. La camioneta era de color rata sucia y se movía como una sombra herida, que chillaba entre la penumbra matutina. Esos domingos el camino al cementerio olía a gasolina, a calabaza, a pelo revuelto, a la ciudad moviéndose a 80 kilómetros por hora.

Un día, el platón de la camioneta estaba lleno y la abuela tuvo que sentarse en la cabina. El señor que cultivaba calabazas se estacionó bajo la sombra de un cedro y le dijo a la abuela que se lo diera o que no nos seguía llevando. La abuela se emputó, sacó un changón que llevaba debajo de su ruana y le abrió un hueco en la cabeza. Mierda, esa abuela sí que era jodida, en verdad era mejor no haberle dicho nada. Desde ese día siempre fuimos caminando por la carreterita de barro. El camino al infierno siempre ha estado empedrado de buenas intenciones.

Siempre, o casi siempre, éramos las primeras en llegar. Caminaba un rato, con las aletas de la nariz moviéndose frenéticas mientras trataban de encontrar algo en el aire frío de la mañana, y se sentaba en una vieja banca de madera, la única que había en todo el camposanto. Luego sacaba de sus bolsillos bolsas de maíz para darles de comer a los cuervos. Me acuerdo que yo siempre decía: “Abuelita, no críe cuervos que le sacan los ojos”, y ella: “Tranquila, mijita”.

Podía pasarse horas con la mirada y los oídos bien atentos en el horizonte, con su sonrisa sin dientes en la mitad de la cara, con el cielo azul brillante en la mitad de los ojos. A veces metía sus manos entre la tierra negra que vibraba con los

susurros que los muertos emitían silenciosamente desde sus tumbas. Creo que pensaba que así se mantenía en contacto con ellos, con la gente que un día la había dejado sin hacer ruido, con la gente que la esperaba desde hacía tiempo del otro lado de las estrellas. La abuela decía que venía a visitar a sus muertos. Había tenido dos hijos y los había criado para que hicieran algo importante, como robar el diamante más grande del mundo o domar elefantes salvajes. Algo así.

Un día intentaron robar el Banco Municipal, pero algo salió mal. Tal vez los cómplices los delataron con la policía, aunque no estoy muy seguro. En todo caso, mi tío murió abaleado y a papá lo metieron a la cárcel. La abuela estuvo muy triste porque los había criado para algo grande y no habían sido capaces, ni siquiera, de robar un pinche banco. De todas formas, iba todos los domingos por las mañanas, sin falta, a visitar a su hijo muerto; a su lado había otra tumba de alguien llamado Flor (suspiraba y sonreía de vez en cuando), y a su hijo que no estaba muerto, pero que se pudría poco a poco por las tardes.

Una vez la abuela estaba sentada en la vieja silla del cementerio y se encontró un polluelo de cuervo sobre el piso. El cuervito traía las alas rotas y los graznidos raídos. Lo recogió y se lo llevó para la casa, tal vez porque se identificó con él porque ella también traía sus alas rotas. El cuervo se llamaba Chocolate, tenía las plumas de color diez de la noche y le gustaba estar entre las ramas de un almendro que había en el patio trasero de la casa, o sobre el hombro izquierdo de la abuela. Depende. En ese entonces, sus graznidos se habían vuelto agudos y fuertes, pero le habían quedado llenos de cicatrices, quizás porque hay heridas que nunca pueden curarse del todo. Cuando Chocolate creció, la abuela lo llevó al cementerio para que conociera su familia. Creo que Chocolate

quiso impresionarlos, o tal vez simplemente había un rito de iniciación para poder pertenecer a la bandada que nosotros no conocíamos. En verdad, todo fue un poco confuso. El caso es que Chocolate le sacó el ojo izquierdo a la abuela de un picotazo y la abuela se encabronó y volvió a sacar el changón, y el pobre cuervo, que a lo mejor solo quería hacer algunos amigos, quedó hecho una bola de plumas, tierra y sangre.

Mierda, qué jodida que era la abuela. En verdad, era mejor no haberla picoteado. Desde ese día, a ella se le acabaron las lágrimas y su interior fue como un mar seco donde solo quedaba un silencio espeso, uno que otro barco encallado y algunos pececillos muertos. Después de esto, dejamos de ir al cementerio por un buen tiempo y los domingos se volvieron un poco menos felices. Cuando por fin regresamos, la abuela andaba con los bolsillos llenos de unas tristezas que le pesaban como piedras y nunca volvió a cargarme sobre sus hombros, así el barro del camino me llegara hasta el cuello. Tampoco volvió a sentarse en la silla de madera, con la mirada fija sobre el cielo azul, ni a llevar maíz para darle de comer a los cuervos. Creo que Chocolate le mató la parte más bonita, por eso la abuela dejó de oler a tabaco y naftalina y más bien empezó a oler a soledad, a hojas secas, a flores sin florero, en fin, a lo mismo que huelen los cementerios en los días lluviosos.

Como a la abuela solo le quedaba un ojo, no le quedaba más remedio que ver la vida por mitades y nada más alcanzaba a mirar completamente los mediodías y las medianoches. Nunca pudo volver a ver el sol brillando sobre los charcos que cubrían las calles después de las lluvias; tampoco la luna llena flotando sobre las noches sin nubes. Apenas podía ver las sombras de las cosas que se movían sobre la media naranja en que se había convertido el mundo. ■



Ángeles caídos

JESSICA ANDREA GÁMEZ REYES

BOGOTÁ, D.C.



Esta historia está inspirada en todos los niños y niñas que han sido víctimas anónimas de los crímenes y la violencia de los adultos. Igualmente para aquellas familias que han sufrido la pérdida de un ser querido, aquel ángel que nunca más podrán volver a ver y solo permanecerá en sus corazones como hermosos recuerdos que nunca se irán.

Segundo semestre de Derecho
Universidad Católica de Colombia
Bogotá, D. C.

Ángeles caídos

JESSICA ANDREA GÁMEZ REYES

No pude decir adiós. Cómo iba a saber que nunca más volvería a verte. Si lo hubiera sabido, te habría abrazado, habría dicho lo mucho que te amaba, no habría dejado que te fueras; pero es demasiado tarde, hace mucho que no estás y tengo que decirle esas palabras al silencio, abrazar tu ausencia y consolarme con mi soledad.

Desde que te fuiste, no amanece, los años de mi vida han sido una larga noche sin luna y sin estrellas. Todos los días he anhelado tu regreso y nunca llegas, la puerta nunca se abre, tu risa nunca aparece, y sigo así, con la existencia vacía, sola, vigilante en la penumbra como un alma en pena. Hubo un tiempo en que quise olvidarlo todo: tus gestos, tu voz, tu sonrisa, hacer como si hubieras muerto. Ahora quiero recordarte y no lo logro: los años han pasado, me he hecho vieja, trato de buscarte en mi memoria y no te encuentro, apareces distante, como una pequeña luz que se extingue en el ocaso, como una sombra que se traga la noche. Siento miedo y rabia por estarte olvidando, por haber dejado que los malditos años cubrieran de polvo tus recuerdos.

Eran las tres de la tarde cuando desapareciste. Fuiste a jugar con tus amigos y nunca regresaste. ¿Dónde estarás ahora? ¿Qué habrá sido de ti? Han pasado veinte años y tu madre es una vieja que le escribe cartas a un fantasma y le hace trampa al tiempo para no morir sin volver a verte. La semana pasada vino la policía a decirme que habían encontrado unos restos en un pastizal abandonado en las afueras de la ciudad.

Quieren que vaya para hacer una prueba de ADN. Piensan que eres tú, pero sé que no, me niego a aceptarlo. Estás vivo en alguna parte, eres un hombre feliz, casado con una mujer buena, que te ama. Debes tener hijos, tres hermosos niños que están ansiosos por conocer a su abuela.

Los restos son de un niño, de aproximadamente diez años de edad. Los encontraron por las pistas que les dio un maldito que está colaborando con la justicia para que le rebajen la condena, eso me dijeron los agentes cuando vinieron a visitarme.

Mañana tengo que ir al laboratorio para que tomen las muestras. Me duele reconocerlo, pero algo en mi corazón desea que seas tú, que sean tus restos, que seas ese niño, ese hijo de alguien, de alguna madre que está agotada tras tantas noches de vigilia, que se ha hecho vieja persiguiendo una esperanza, que te ha visto morir todos los días, que ha vislumbrado en tu rostro todas las caras del dolor, que ha sentido tu soledad y desesperación con cada segundo, con cada respiración, con cada oración que entre el terror y la agonía le eleva a Dios para que te salve. A veces deseo que seas tú, pero no, ninguna madre puede aceptar que su hijo haya sido violado, torturado y enterrado entre la maleza como si fuera una bolsa de basura. No puedo perdonarme por haberte dejado ir. Siento que toda la culpa recae sobre mí, porque debía cuidarte, mantenerte a salvo de los lobos.

Apenas tenías nueve años cuando desapareciste. Cómo pude dejarte ir, cómo pude ser tan tonta. En cada segundo me pregunto por qué, y me maldigo: “maldita estúpida, mala madre; cierra la puerta y no dejes que salga, corre y búscalo por el parque antes de que llegue el monstruo. ¿Qué clase de madre eres que dejas que tu hijito vaya a jugar con sus amigos y solo dos horas después te das cuenta de que no ha regresado? ¿Qué

pasó con tu sexto sentido, con tu instinto materno? ¿Qué ganas con correr llena de angustia, recorrer el barrio, calle por calle, hasta que amanezca, no ves que está perdido, se ha ido para siempre y eres la única culpable?”.

Espero que me perdones y vuelvas a casa: la puerta está recién pintada, del mismo azul, con las mismas rayas. El viejo Tony ya casi no ladra, apenas suspira y abanica la cola cuando la risa de un niño es traída hasta la ventana por el viento. Tus amigos de juego crecieron y te olvidaron; el parque es ahora una cuadra de edificios que nos hace sombra todas las mañanas. Hay cosas que no cambian, otras sí. Tus hermanos se fueron, dejaron el nido, como decía la abuela, están tratando de hacer una vida, pero es muy difícil construir sobre la nostalgia. Sigo esperando, esperaré siempre, mientras siga viva, esa es una de las cosas que no cambian.

Alguna vez le escuché decir a alguien que la espera es agonía. Creo que tenía razón: mamá esperó hasta el último día el regreso de mi hermano Carlos. Aún en sus últimos momentos lo seguía esperando. Antes de morir, me confió un secreto y me encomendó una tarea: me dio la llave del baúl y me pidió que le entregara a Carlos, cuando viniera, las cartas que le había escrito. Durante veinte años mi vieja escribió cartas, cientos de ellas. Allí recreó la vida de mi hermano, lo vio crecer hasta hacerse hombre, lo llevó al colegio y luego a la universidad, lo vio graduarse con honores, lo acompañó hasta el altar y conoció a sus nietos.

Toda una vida llevada al papel, un hijo inventado para engañar el dolor, para hacerle trampa a la locura que viene con la angustia y la desesperación de ver pasar los años sin saber cuál ha sido el destino de ese pedazo de alma que se nos va cuando alguien que amamos desaparece. Antes de

marcharse, me hizo jurar que solo abriría las cartas cuando Carlos apareciera. Y apareció. Ella nunca pudo saber si los restos encontrados eran, o no, los de mi hermano, se fue con esa duda. Murió luego de un mes de tomadas las muestras para las pruebas. Los resultados llegaron una semana después de su fallecimiento. La anterior fue su última carta, escrita el 28 de febrero de este año. La dedicatoria en el sobre decía: “A mi querido hijo, que desapareció hace 20 años llevándose mi alma”.

A Carlos lo sepultamos junto a ella. Creo que deben estar juntos, en la otra vida: ella se parará frente a la puerta, lo estrechará entre sus brazos y no lo dejará ir al parque, lo verá crecer y hacerse hombre, como en las cartas, serán felices, hijo y madre, cada uno con su dolor, sabedores del valor de cada segundo, de cada caricia, de cada gesto de amor. Y cada palabra que le roben al silencio ahuyentará las penas y borrará las cicatrices en el alma. Tiene que ser así. Si existe un cielo, debe ser ese, tiene que ser un lugar donde podamos volver en el tiempo y ser felices, abrir los ojos y que todo lo malo tan solo haya sido un sueño. A veces me pregunto si es posible mirar sin rencor al pasado, volver los ojos sin que algún fantasma nos aceche, seguir viviendo sin el corazón, levantarse y acostarse todos los días como si nada hubiera pasado. No sé, a veces pienso que la costumbre y los años deberían ser como una anestesia que nos vuelva insensibles. Hay quienes le atribuyen al tiempo propiedades curativas que no tiene. “El tiempo lo cura todo”, me dicen. No es cierto, hay heridas que nunca sanan, pareciera que sanaran, pero no, bajo las cicatrices siguen sangrando, como un río subterráneo que nos hincha las venas y nos envenena el alma. ■



¿Por qué no crecen los tomates?

JOINER SÁNCHEZ MORA

AGUACHICA, CESAR



Una vez, mientras leía *Cien años de soledad* encontré un cuarto donde siempre era lunes. Por más que pasaran los días y la ilusión del movimiento de la tierra se manifestara en el cielo, las paredes y el callejón de las begonias, seguía estacionado aquel instante donde el tiempo parecía astillarse. Desde ese momento, activé el mecanismo de “escribir cualquier cosa”. Traté de tener siempre muy presente la genialidad de aquellas líneas. Me encontré encerrado en ese cuartito adonde no llegaban ni el polvo, ni el viento árido. Esperando que algún día tanto acá como en el patio enorme donde no crecen los tomates o en los intentos de literatura que produzco, deje de ser lunes.

Séptimo semestre de Ingeniería
de Sistemas

Universidad Popular del Cesar
Aguachica, Cesar

¿Por qué no crecen los tomates?

JOINER SÁNCHEZ MORA

A pesar de no haber dormido nada, se levantó con la exactitud acostumbrada, con una vegetación creciéndole en la barriga y un tres de mayo asomándose por el Cerro de la Cruz. Su madre, que se levantaba habitualmente una hora antes, lo encontró orinando al pie del árbol de mango. Aquella mala costumbre exacerbaba a la octogenaria, que comenzó con sus reclamos repetitivos.

—La fuerza de la cultura —dijo su hijo, y añadió mientras se internaba en el fondo del jardín y los voladores del día de la cruz estallaban a lo lejos—. Hasta el alcalde se mea en el patio.

Aquel lugar tenía una longitud descomunal. Era tan espacioso que perfectamente se podrían cultivar barcos enteros. Había cuatro enormes árboles de mango, una docena de guanábanos, tres de níspero, un bosque de matas de plátano y un espacio en el fondo para los tomates. Todo enmarcado en una triste escena amarilla, como si el verano eterno se hubiese apoderado de aquel lugar. El espacio habitable también decepcionaba, apenas dos cuartos, uno para las camas y otro que servía de sala; detrás, se encontraban la cocina de leña y una pequeña letrina.

La vieja, que se había quedado pensando qué decir para ganar la discusión, no encontró en ninguno de sus recuerdos algún patio que no tuviera la característica hedentina masculina y terminó por darle la razón a su hijo, pero sin decirle.

Mientras veía el sol del tres de mayo florecer lentamente, se dispuso a hacerle el desayuno. En el fondo del patio, Francisco retiraba suavemente las cobijas con las que protegía las tomateras del sereno de la noche.

La decepción era la misma de todos los días al ver las plantas sin un solo fruto bueno, como si entre más las cuidara, más se morían. Las regaba adecuadamente, quitaba sus hojas marchitas y aplicaba el abono correspondiente. Tenía tutorada independiente cada planta, con trozos de caña, y cada cierto tiempo cambiaba los hilos que las sostenían. Sin embargo, los frutos solo alcanzaban unos tristes dos centímetros de diámetro. Lejos estaba de los famosos veinte centímetros que alcanzaron en el pasado, haciendo que no se pudieran agarrar con una sola mano.

Desde que se enteró que tenía que matar a Emiliano Fonseca, su jardín comenzó a menguar. Era como si la negra del patio hubiese sentido las inquietudes de su cultivador. Llegó cabizbajo al fogón de leña donde su madre preparaba el desayuno, describiendo en su pensamiento el ciclo de vida de las plantas: germinación, crecimiento, floración, fructificación. Revisaba en su memoria los tamaños de las tomateras en cada etapa, sacaba el promedio de litros de agua suministrados a cada una y el diámetro por fecha de los frutos, pero no encontraba una solución.

—¿Vas a matar a Emiliano antes de desayunar? —dijo su madre mientras volteaba las arepas.

Sumido en sus cálculos, pasó directo al ropero; tomó la primera camiseta que encontró, el único par de zapatos que tenía y el revólver con el que su padre mató a Fabricio Fonseca. Mientras abandonaba la casa, dijo lo suficientemente fuerte, como para que su madre lo oyera:

—Lo mataré cuando tenga que matarlo. —Y salió de la casa con el arma en la cintura y la flora de su estómago cada vez más activa.

Todo el pueblo sabía que Francisco mataría a Emiliano ese día. Se había convertido en una tradición que cuando un Fonseca cumplía treinta y tres años, un Molina terminaba con su vida un tres de mayo. El motivo era incierto, pero pasaba en todas las generaciones, desde la fundación del pueblo. Se contaban intentos fallidos por cambiar la historia: el disparo sin éxito de Fabricio Fonseca a Jacobo Molina un dos de mayo; el silencio de Fernando Molina a su hijo Manolo; o cuando Arsenio Fonseca huyó del pueblo a los treinta años, pero un tres de mayo, sin explicación alguna, Horacio Molina despertó apretando un cuchillo en el pecho de su víctima en las calles de Cartagena, a pesar de haber estado unas horas antes bebiendo en el pueblo.

De nada sirvieron los rezos, los intentos por simpatizar entre familias o la osadía de Magnolia Fonseca de llevar el caso al Vaticano. Francisco avanzaba por el pueblo con la selva de su abdomen en progreso y la inquietud de no saber por qué no crecían sus tomates. Dos meses atrás, había descubierto que tenía que matar a Emiliano Fonseca al escuchar todo en una discusión de borrachos. Su madre no le negó nada; había querido que las cosas simplemente fluyeran. Llegó arrastrando su inminente cuerpo criminal hasta la cantina donde solía beber, jugar billar y aprendió a ser el hombre al que su padre le dio miedo criar cuando se suicidó a los treinta y cuatro años. Pidió aguardiente y rechazó la compañía femenina. Quería estar solo, bebiéndose lo que no tenía y pensando por qué no crecían sus tomates.

El dueño del lugar se preocupó al verlo bebiendo tan temprano.

—¿Ya desayunaste? —le preguntó, mientras fijaba la mirada en el revólver que se le derramaba por encima de la ropa.

—Lo hago ahora —respondió. Al tiempo que se llevaba otro trago a la boca, añadió—. Abono para este monte que se me va a salir de las tripas.

Con cada trago, la inquietud de no saber por qué no crecían sus tomates se agudizaba. Vio pasar a los feligreses que celebrarían el día de la cruz en la cima del cerro y los reconoció a todos. Vio a su abuelo, a su padre y a cada uno de los Molina, con el muerto al hombro; a las Fonseca, con los lloriqueos acostumbrados, a las Molina, con la templanza de siempre, como si pudieran cargar con sus maridos y sus muertos al mismo tiempo.

De pronto, no supo cómo era de noche y se encontraba en la cima del Cerro de la Cruz. Lo único que no era extraño en ese momento era su pensamiento en las tomateras y el crujir de sus entrañas. Vio los escombros de los festejos y a Emiliano frente a él, en silencio, con la única cara que nunca le imaginó tener en sus sueños. Levantó el revólver y, casi sin apuntar, jaló del gatillo, dejando que la única bala que su padre no había vaciado aquel tres de mayo en el pecho de Fabricio Fonseca buscara su sitio natural en la frente de la víctima. Emiliano cayó al suelo, casi sin un rostro al que Francisco pudiese recordar, pero con la certeza de que lo haría. Bajó el brazo y cayó en la cuenta de que debía proteger sus tomateras del sereno. Llegó a tientas a su casa, pasó derecho al patio, olvidó poner el revólver en su lugar y orinar todo el licor del pueblo al pie del árbol de mango. Llegó al fondo, se derrumbó frente a sus plantas y, mientras se preguntaba una vez más por qué no crecían sus tomates, vomitó todo su bosque de angustias.

Cuando la vieja se levantó, el sol del cuatro de mayo aún no revelaba su cara al mundo. Miró a la cama de su hijo y no lo encontró. Abrió la puerta del patio, topándose con una explosión verde frente a sus ojos y un mástil que brotaba del suelo. Corrió al fondo del patio y se encontró con los tomates más grandes y jugosos que nunca antes se habían visto en la región. ■





Lluvia negra

ÓSCAR JAVIER CASTRO TRIVIÑO

NEIVA, HUILA



A mi padre, por su pertinaz devoción de revivir las historias fantásticas de duendes y hadas contadas por mi abuelo Luis, cuando él era un niño. A mi madre por la vida y por inculcarme el respeto a la naturaleza. A mis hermanos Natalia y Alejandro, que con su ejemplo me han mostrado el camino para alcanzar las metas propuestas. A todos muchas gracias. En especial al lector que asuma una posición de respeto por los fenómenos naturales y cree conciencia en las juventudes venideras para salvar nuestro planeta.

Quinto semestre de Medicina
Fundación Universitaria Navarra -
UNINAVARRA
Neiva, Huila

Lluvia negra

ÓSCAR JAVIER CASTRO TRIVIÑO

El viento formaba manojos de lluvia y los estrellaba, con furia, contra el parabrisas de la camioneta que se desplazaba sigilosa por la estrecha carretera que serpenteaba las imponentes montañas de los Andes Amazónicos.

—¡Esto está muy raro! —exclamó el conductor, mirándome con cara de desconcierto.

Afuera, el agua y el viento frenético sacudían tenuemente la camioneta.

—¿Qué pasa? —pregunté con curiosidad después de una pausa.

—¿No se ha dado cuenta? Desde hace largo rato no encontramos ningún vehículo en la vía.

—¿Y eso es malo? —pregunté, tratando de disimular mi preocupación.

—Pues como puede ser algo pasajero, puede ser un derrumbe que nos haga esperar muchas horas antes de poder avanzar siquiera un metro.

—Es que con esta lluvia y estos vientos salvajes no era menos de esperarse —comentó con nitidez una voz gruesa, de mujer adulta, que venía de los puestos traseros. Su acento indígena se disimulaba en un español rústico y maltrecho—. Las cosas han venido de mal en peor —continuó nítida la voz—. Los bosques que amarraban la montaña han desaparecido por los abusos de los blancos. La madre tierra se vengará, tarde o temprano, de los maltratos recibidos.

El viento y la lluvia arreciaban. Poco a poco, la camioneta se hundía en una densa niebla que impedía ver con claridad más allá de cinco metros. Se escucharon unos golpeteos aislados en el techo de la camioneta.

—¡Son piedras! —exclamó el conductor.

—¡La montaña se viene abajo! —gritó angustiada la voz de la mujer—. Pronto, asíéntele la pata al acelerador que la Pacha Mama nos va a devorar. No se detenga, chofer, píquele, píquele que nos tragó la tierra —ordenaba con energía.

El vehículo continuó su recorrido lento, esquivando con sobresalto las piedras de gran tamaño que no eran visibles debido a la oscuridad de la niebla.

—Hágale, mijo, que la Pacha Mama nos quiere acribillar a punta de piedra —seguía angustiada la voz de la india—. Acelere, acelere, carajo, que vamos a quedar sepultados.

El golpeteo de las piedras se hizo más intenso. Pronto, los misiles que venían de lo alto alcanzaron el costado de la camioneta. Una piedra volvió añicos el parabrisas y la lluvia y el barro, empujados por el fuerte viento, se aposentaron en el interior de la camioneta.

—¡Taita Carlos, Taita Carlos, todavía no es tiempo, no me lleves aún! —imploraba a gritos la voz de la india—. ¡Taita Tamoabioy! Padre querido. Intercede por mí ante los Dioses. Tú que has participado de la ambrosía de sus mesas, suplícales por tu hija, la última descendiente de tu estirpe. Taita Padre, no me abandones en estos instantes —lloraba, implorando vehementemente la india.

La camioneta, maltrecha, continuaba dando brincos de un lado a otro, como bestia desbocada. Por momentos, las llantas patinaban y la camioneta andaba de costado por varios metros, arrastrándose en el barro, abandonada a su suerte.

Luego recobraba el control. Aceleraba. Frenaba y continuaba de tumbo en tumbo, buscando salir de la oscuridad.

—¡Pare! ¡Oiga, deténgase! ¿No se da cuenta? ¡Escuche, so badulaque! —gritaba con rabia la voz de la india.

El vehículo frenó con un chirrido espeluznante. Ráfagas de lodo y viento golpearon nuestros rostros.

—¡Madre Santísima! ¡Sagrado Corazón de Jesús, protégenos! —imploraba vehementemente la voz.

Se escuchó un bramido ensordecedor y la tierra comenzó a temblar con fuerza. Cientos de toneladas de barro y piedra bajaban en estampida por el cañón de la montaña. La camioneta era arrastrada al borde del abismo. Los gritos de pánico se confundían con las plegarias de la voz de la india. El vehículo se estrelló contra la barrera de contención.

—¡Pronto, tenemos que abandonar el carro! —gritó el conductor, saltando por el hueco del parabrisas.

Lo seguimos, atropelladamente. Evacuamos el vehículo, semi hundido en los escombros. Escalamos, gateando, un promontorio de tierra, hasta alcanzar un claro en el camino.

—¡Esperen! —dije—, ¡La india se quedó atrapada entre el vehículo!

—¿Cual india? —inquirió el conductor con asombro—. ¿Se está volviendo loco? ¡Corra, marica, o es que quiere quedarse sepultado en esta mierda!

Éramos seis en total: un joven regordete, un hombre adulto, la mujer, el niño, el conductor de la camioneta y yo. Pero, ¿la voz de la india? No acababa de comprenderlo. Estábamos todos, tratando de escapar de la furia de la naturaleza. Seguimos un atajo bordeando la montaña de lodo y piedra que se había formado. El deslizamiento se había llevado por completo la banca de la carretera. Con esfuerzo, logramos llegar al

otro lado del promontorio. Las piedras y el barro no paraban de caer. Solo había barro y piedras por todo lado.

—Tenemos que atravesar pronto esta cima de lodo —decía el conductor mientras nos aprovisionaba de palos que utilizaríamos como bordones para no resbalar en el tobogán de fango que se había formado.

Él iba adelante, marcándonos el camino. Las piedras y los maderos pasaban silbando sobre nuestras cabezas. Lo seguían el hombre adulto y el gordito. Detrás de ellos iba la mujer, sollozando, con el niño de la mano. Yo cerraba el grupo. Avanzábamos tres pasos y, resbalándonos, retrocedíamos dos. Se oyó un fuerte traquido. Una pequeña avalancha bajaba velozmente. Nos lanzamos al suelo. El niño se desprendió de la mano de la madre y rodó varios metros. Una piedra ovilló a la mujer y se la llevó al abismo, de donde jamás habría de salir.

—El chico. Ayuden al chico —escuché de nuevo la voz de la india, como un eco.

Me precipité sobre el niño y lo levanté como pude.

—¡Mi mamá! —gritaba.

—No te preocupes, que a ella la rescatarán más tarde —le mentí para calmarlo.

Continuamos la marcha. La lluvia y el viento habían cesado. Por entre un resquicio del cielo encapotado se filtraba un débil rayo de sol. Se oyeron ruidos a lo lejos. Nos sobresaltamos. El traqueteo era uniforme y se oía cada vez más cerca. Era el helicóptero de rescate. Nos condujeron al otro lado del deslizamiento. Desde arriba, se podía ver la cadena infinita de vehículos detenidos en hilera. Más allá, a la distancia, el valle de Sibundoy, con sus cuatro pueblitos que brotaban como capullos en medio de la selva.

Aterrizamos. Estábamos a salvo. Un grupo de voluntarios y rescatistas nos condujeron a una carpa enorme, donde decenas de heridos eran atendidos. El niño corrió hacia una de las camillas improvisadas buscando a su madre. En una camilla yacía rígido un cuerpo pequeño, cubierto de lodo. Entre sus ropas enfangadas se adivinaban tenuemente los colores rojo, verde y rosado, típicos de su atuendo. Era la india. Había quedado atrapada en el bus que venía de Colón.

—Es la india María —dijo con lágrimas uno de los voluntarios—. La última descendiente de los Kamsá. Muchos de los que fuimos traídos a este mundo por sus bondadosas manos lloraremos su muerte. ■





Principiantes

EMANUEL JOSÉ ACUÑA SILVA

BUCARAMANGA, SANTANDER



Escribo porque el acto de crear y la artimaña de contar, me resultan placenteros.

Creo que mi padre —que tocaba guitarra, pintaba y escribía, todo a medias— junto a mi madre —que leía y gustaba de pensar— me contagiaron esa inquietud frente al arte.

Para ellos, porque sus formas me configuran.

Quinto semestre de Licenciatura
en Español y Literatura
Universidad Industrial de Santander
Bucaramanga, Santander

Principiantes

EMANUEL JOSÉ ACUÑA SILVA

Cuando llega a casa, se quita el uniforme. Claudia está de espaldas y parece que no ha escuchado la cerradura. Darío le mira las piernas, las nalgas. Intenta articular un saludo que se convierte en un síncope de la voz. Intenta olvidar a la otra mujer. Deja la camisa en una silla y se tira en el sofá. Ella oye el frufrú. Lo reconoce y dice “hola” sin moverse de su lugar. Empieza a servir la comida. Darío enciende el televisor. Ha pasado un cuarto de hora cuando Claudia trae los platos. Se sientan juntos a la mesa y comen en silencio. Ella pregunta por las noticias, acomodándose el cabello. Darío la mira. Intenta recordar qué decía el hombre del noticiero, pero no lo consigue. Baja de nuevo la mirada y sigue comiendo. La cuchara choca con sus dientes y a él no le importa. Tiene esa expresión: tan serio, tan desubicado, la misma de cuando lo del padre que mató a sus hijas y luego se suicidó; o de la vez que tuvo que dispararle al hombre ese.

Pero de eso hace tiempo, cuando todavía lo dejaban en un semáforo todo el día, piensa Claudia, quien intenta volver a comer, pero ha perdido las ganas; aun así, lo hace. Cada bocado está como envuelto en un aire sinsabor y frío. De pronto, Darío deja los cubiertos sobre el plato en el que aún queda comida. Ella le pasa una mano por el cabello, siempre al rape, la deja en su nuca e intenta, con delicadeza, acercarlo para darle un beso. Él se aclara la garganta. No accede. La mujer, esas manos heladas, se le cuelan en el pensamiento. Claudia se levanta de la mesa, va al lavaplatos y tira la mitad de su comida

por el desagüe mientras murmura con rabia contenida. Airosa, pasa junto a Darío y toma del sofá la chaqueta verde chinche junto con la camisa. Darío oye sus réplicas opacas, siente como si algo estuviese a punto de estallar. Duda al hablar, es un pez fuera del agua. “Nada”, logra decir dejándose vencer por una absurda culpa, “atracos, peleas...”.

Da otra probada a la comida. La culpa lo hace cuestionarse de nuevo. Si calla, Claudia empezará un monólogo hiriente. Habrá palabras como agujas, insultos en voz baja como tajos hasta el hueso. Entonces empieza, por primera vez, a pensar en cómo contarle. Qué decirle, qué callar. “Es que hoy llamaron de una casa en el sur”. Al oírlo, deja su tarea y presta atención. Darío sabe que no hay vuelta atrás, algo tenía que decirle. Con la mirada en el plato, continúa: “Un *man* le estaba pegando a la esposa, dijo el vecino que llamó. Fui con Méndez, abrió el esposo y todo normal. Nos dejó entrar sin peros. Méndez revisó, pero cuando le preguntamos por la mujer y dijo que estaba bañándose, el señor se puso nervioso y le hice seña a Méndez. Había algo raro...”.

Se detiene. Sabe allí está el doble filo de la historia. No quiere discutir con Claudia. La ama. Tienen algo más de cinco años de casados. El tiempo les ha quitado el ímpetu juvenil. Los encontronazos en la ducha o antes de dormir. Los juegos pueriles e ingenuos que terminaban en sexo, que a ella le resultan estúpidos, siempre habían sido un buen colchón para distraerse de sus propias humanidades. Al comienzo, los silencios eran preludios del amor. Esa era la felicidad.

Ahora, sentado y con el ardor profundo que evoca al sudor frío, busca la manera de contarle el suceso. Le pesa el no encontrar las palabras, aún más, no haber podido disimular, haber visto las noticias y decir: “Más accidentes de

motociclistas, más corruptos, más cambio climático”. Pero no pudo. La mujer esa le había dejado tieso mentalmente, en un bucle de pensamientos. Entonces, tendría que mentir sobre quién subió al cuarto del baño. Cambiar los nombres. Decir que él se quedó en el primer piso. Que se asustó igual que el hombre al oír el grito de la mujer. Que no supo ni por qué ni cómo Méndez la golpeó. Salvar su pellejo diciendo que él, a diferencia de su compañero, tenía un expediente sin tacha, y por eso había decidido encubrirlo, por eso la investigación a su nombre y las preguntas venideras.

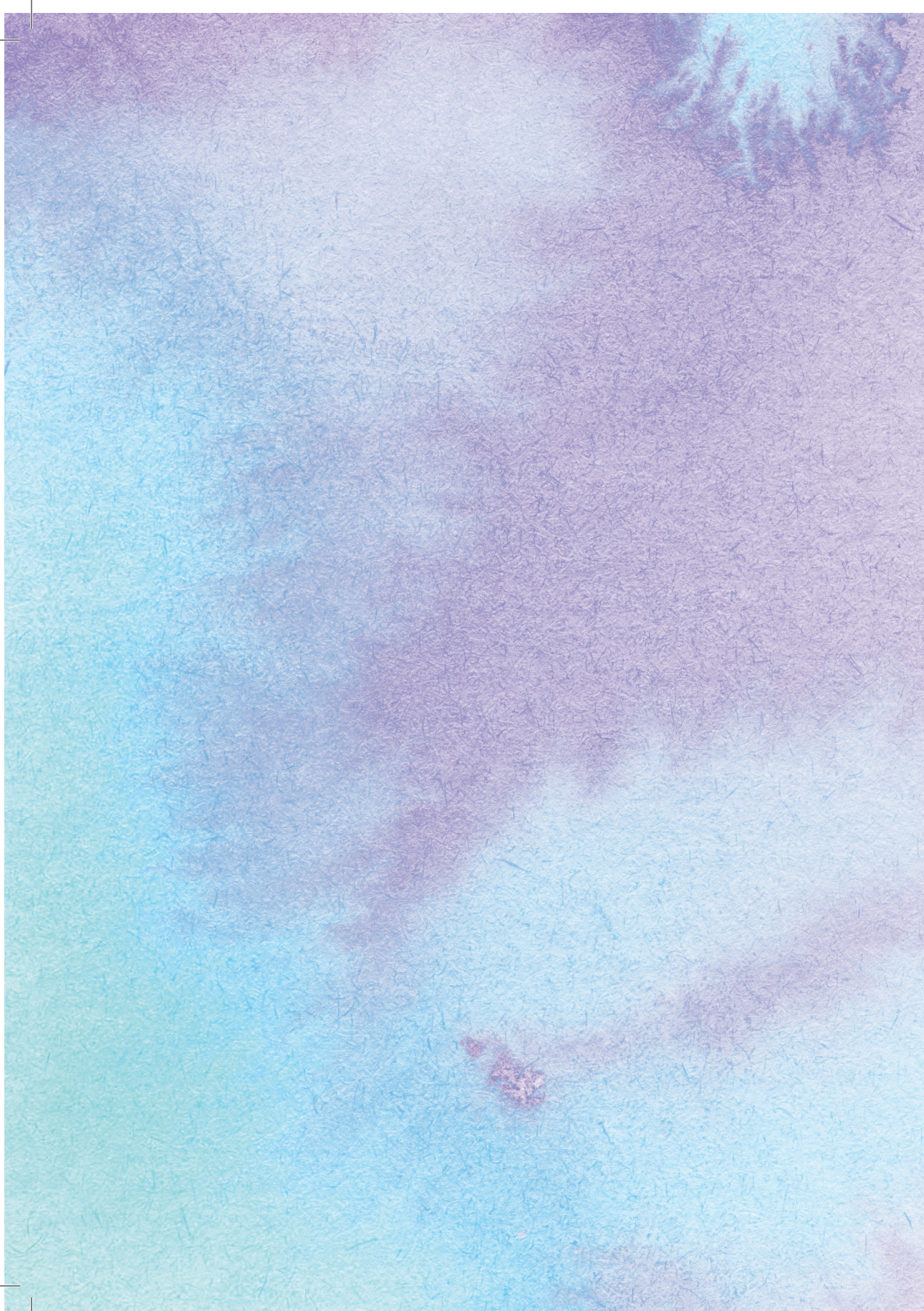
Le mintió. Dijo todo como debía, desviando los pensamientos de Claudia como el cañón al río. Omitió cuidadosamente que la mujer, joven como ellos, pero de más edad, en apariencia, se le había insinuado de una extraña forma. Que así, con la cara llena de rímel y medio llorando, drogada como debía estar, le había pedido que la golpeará y él, viéndose arrinconado como el más inexperto, sintiendo el susurro de esas manos obscenas, la golpeó. Que el grito lanzado por esa mujer fue más un gemido profundo que lo levantó una pequeña eternidad del suelo y lo volvió a dejar, como sin fuerza, recostado contra una pared.

Mientras le cuenta el suceso, se acuerda de todo lo que no dice. Teme por momentos que le traicionen las palabras. Claudia se le acerca en silencio y deja la chaqueta verde sobre la mesa. Le muestra una manga a Darío. Mala suerte, esas mujeres siempre dejan marca. Él pasa saliva, realmente la quiere. Claudia se agacha. Lo gira hacia ella, le pone los brazos en sus muslos de hombre y dice: “Usted no sabe decir mentiras”.

Darío entiende lo que Claudia espera de él mientras ella acerca las manos hasta la hebilla de su pantalón, mordiéndose el labio, con un gesto similar al de la mujer aquella. En un

impulso extraño, que crece sin aprobación, la toma fuerte del
cabello y la arquea hacia atrás. Ella arruga de dolor los parpa-
dos y la nariz, hay casi un gemido. Han acabado los tiempos
malos. ■





Acta del jurado

10° CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

RCN - MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

Los integrantes del jurado recibimos cada uno de los 100 cuentos finalistas distribuidos en cinco categorías. Esto fue resultado de un proceso de selección donde inicialmente participaron 27.828 relatos evaluados en tres instancias anteriores. Para cada una de las categorías elegimos 5 ganadores. El total de 25 premiados son estudiantes de educación básica, media y superior.

En la primera categoría la principal recurrencia es la lógica de las aventuras como motor de los episodios. Resaltan los personajes animales y el énfasis del *horizonte moral*.—propio de la forma tradicional de la fábula— como horizonte para la solución de las tramas. El campo es un escenario frecuente, y parece tratado tanto por la sensibilidad de niños que lo habitan como por la mirada de niños urbanos que lo extrañan. Hasta cierto punto, se trata de digestiones singulares de estereotipos popularizados por la literatura clásica infantil y por el cine infantil reciente: superhéroes enfrentando el mal; princesas en aprietos; villanos saliéndose con la suya; elegidos enfrentando su destino.

En la segunda categoría empieza la aparición de *personajes menos prototípicos*, y más cercanos a nuestra realidad socio-cultural: desplazados, ladrones, profesores de colegio. A su vez, el horizonte moral que orienta las tramas se desestabiliza; no deja de ser fundamental, pero sí pierde, por momentos,

claridad expositiva. Destaca también el interés por el medio ambiente y la temática ecologista: relatos donde importan las posibilidades de supervivencia y la responsabilidad de cada quien con el planeta. Se presiente, de igual forma, la exposición a los nuevos medios de comunicación y a la Internet como universos de posibilidades narrativas. Hay humor, ironía, alegría, soltura y desparpajo narrativo.

En la tercera categoría el tipo de las tramas se atomiza y comienza a aparecer cierta *astucia episódica*, lo que contribuye a la sensación de estar ante un mayor grado de 'originalidad', con lo problemático del término. Aparecen también dimensiones narrativas como la *introspección cerebral*, la *identificación cultural* (lo latino en contraposición a lo 'gringo') o la *elaboración emocional*, en donde lo caliente, lo helado, lo suave o lo áspero son algunas de las condiciones que hablan del creciente interés por la sensualidad. Esto explica quizá la aparición del amor, el dolor y la oscuridad como posibilidades narrativas tratadas sin ánimos de redención o giros de esperanza.

En la cuarta categoría resalta la presencia de *anécdotas de reflexión interior*; relatos reclusos o tramas encerradas en las que escasean, por lo mismo, las interacciones entre personajes. Aparecen los temas y motivos de una primera cultura libresca: cuadernos, gente que escribe, libros de poemas, cafés, etcétera; también intentos o tanteos de literatura fantástica, pero sobre todo, tonos que quieren trabajar entre la experiencia de la monotonía y la perplejidad. Cabe destacar también, atada quizá al enriquecimiento del léxico propio de la presencia intensa de la cultura libresca, la aparición del recurso problemático de la adjetivación 'apasionada', y por lo mismo, en su mayoría rimbombante.

En la quinta categoría sobresale la construcción del dolor producto de las variadas formas de la violencia colombiana. Dar cuenta de ese dolor, comprenderlo, hace que muchos de los relatos entren en el territorio de las dificultades de las relaciones humanas. El contacto con el otro como necesidad y acercamiento a la felicidad, o por el contrario, como carencia o imposibilidad. Impresiona también la rapidez y el ritmo con el que los relatos adquieren velocidad y entran en la historia a destajo desde la primera línea, sin dilaciones. Vale la pena resaltar, finalmente, cierta ‘sofisticación’ de los *esquemas narrativos*: carta dirigida a alguien; memorial de agravios; flujos de conciencia; intensificación de una imagen, por nombrar algunas de estas ricas variaciones.

Para terminar, es importante consignar cómo, por primera vez en los 10 años de historia del concurso, la proporción de hombres y mujeres entre los 25 ganadores favorece a las mujeres: 14 de ellas son las ganadoras. ■

CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA, 27 DE ENERO DE 2017.
FIRMADA POR LOS JURADOS: LAURA RESTREPO, GONZALO MALLARINO,
JUAN ÁLVAREZ, HARKAITZ CANO, ROGER MELLO.



Colombia cuenta

VOLUMEN II

CONCURSO
ESPECIAL 10 AÑOS
"GANADOR DE
GANADORES"

CUENTOS
GANADORES

2016